

11 DE SEPTIEMBRE

U N A A N T O L O G Í A



HOJA POR HOJA
l i b r o s

11 DE SEPTIEMBRE

U N A A N T O L O G Í A



HOJA POR HOJA
l i b r o s

Armado, tapa y edición digital en pdf y ePub:

TXT Comunicación

txtcomunicacion@gmail.com

bojaporboja@gmail.com

Imagen de tapa: Oliver Kepka (Pixabay)



11 de Septiembre / Una antología. Buenos Aires, 2022.

Los derechos de cada cuento pertenecen a sus respectivos autores:

Michael Bermúdez Montes, Sergio Gustavo Simionato, Melissa Mara Johanna Orrego Serón, Federico Ayerza, Maximiliano Sacristán, Martín Troncoso, Marina Leibovitz, Pierre Dumas, Daniel López, Harol Gastelú Palomino, Ignacio Giménez Tournier.

Edición a cargo de Florencia Agrasar, Graciela Cutuli, Mabel Fuzzi, Victoria Rossi y Teresa Teramo.

Licencia CC de Atribución No Comercial, Sin Derivados 4.0 International. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

11 DE SEPTIEMBRE

U N A A N T O L O G Í A

Michael Bermúdez Montes - Sergio Gustavo Simionato

Melissa Orrego Serón - Federico Ayerza

Maximiliano Sacristán - Martín Troncoso

Marina Leibovitz - Pierre Dumas

Daniel López - Harol Gastelú Palomino

Ignacio Giménez Tournier



HOJA POR HOJA

l i b r o s

Índice

La lección de Afganistán <i>Michael Bermúdez Montes</i>	p/11
La fragilidad de los cimientos <i>Sergio Simionato</i>	p/13
La vida en una llamada <i>Melissa Orrego Serón</i>	p/17
Twin Towers <i>Federico Ayerza</i>	p/23
Tormenta de cerebros <i>Maximiliano Sacristán</i>	p/31
Max Hardy, experto en demoliciones <i>Martín Troncoso</i>	p/39
Al Bouraq y el salto al paraíso <i>Marina Leibovitz</i>	p/47
11 de septiembre <i>Pierre Dumas</i>	p/53
Coyunturas <i>Daniel López</i>	p/59
El avión <i>Harol Gastelú Palomino</i>	p/63
Desde el paisito <i>Ignacio Giménez Tournier</i>	p/69

El 11 de septiembre y el siglo XXI

No Day Shall Erase You From the Memory of Time

Virgilio, *La Eneida*

“Ningún día te borrará de la memoria del tiempo”. La frase, escrita en inglés sobre un fondo de mosaicos azules, que intentan evocar el color del cielo aquel 11 de septiembre de 2001, recibe a los visitantes del museo dedicado en Nueva York a los atentados que inauguraron el siglo XXI.

Resulta imposible no recordar que hubo, y tristemente seguirá habiendo, muchos otros episodios de violencia en la historia reciente. Pero pocos causaron una huella tan honda en el mundo occidental como los ataques coordinados contra objetivos estadounidenses en los umbrales del nuevo milenio. La razón por la cual causa un impacto diferente la violencia cometida en un lugar y no en otro, contra algunas personas y no contra otras, es objeto de un debate más adecuado para otros ámbitos. En esta antología, fruto de una convocatoria literaria de Hoja por Hoja en ocasión del vigésimo aniversario del 11 de septiembre de 2001, el objetivo es otro: escribir nuestra propia página en la memoria del tiempo, transformándola a través de la literatura.

Entre quienes tienen edad suficiente, no encontramos en estos años ni a una sola persona que no recordara lo que estaba haciendo en el momento preciso en que supo sobre los ataques del 11 de septiembre. De esa constatación nació esta convocatoria literaria, que solo aspira a la evocación y la memoria a través de la más poderosa de las armas: la palabra.

Graciela Cutuli
hojaporhoja.com.ar

La lección de Afganistán

Michael Bermúdez Montes
(Colombia)

Nada me molestaba de ella. Ni el aguacero de trastos cuando lavaba los platos, ni el de su voz de aguja cuando cantaba con audífonos en los oídos. Ni siquiera su capricho de freír el huevo por ambos lados como filete de pollo potencial. Tampoco que dejara las llaves en casa y tuviéramos que alcanzarlas a través de la ventana con la escoba del vecino. Era imposible sermonearla cuando se llenaba la boca con el primer mordisco de hamburguesa y recordaba, entre la preocupación y el ridículo, que yo era vegetariano. Jamás me oyó un reclamo por los vasos, tazas y cucharas que aparecían, sucios y vacíos, en el mesón de la cocina. Aprovechábamos cada cruce de la casa para darnos un beso, para hacernos un guiño, para bailar una melodía paralela a la imaginación de cada uno. Nos deslizábamos hacia nosotros mismos con la intensidad de un pinchazo de heroína en el zenit de un día de río; en una carpa, en la cama, en la cocina, en el piso, en San Juan, en Esmirna, en Ereván, en Kabul.

De Afganistán, todo la mortificaba: los baños, el papel higiénico, los desayunos y las cenas; las duchas programadas, Pierre, el vodka de Pierre, los periódicos y los chalecos antibalas. Los chalecos anti-

balas: la ropa interior de los meses en Kabul. La fastidiaba ver mi deseo inflamado por esa prenda combinada con sus talones y sus pies descalzos. Hacíamos preparativos, nos urdíamos; me hundía hacia ella. Pinchazo, pinchazo; nos disparábamos; dos, tres, tantas veces que nos daba risa; y sonrisas, y ojos donde nadar, uno en el otro, para no esperar la ducha semanal. Había felicidad en Afganistán, había carne bajo un chaleco antibalas. Carne que se pudría si se confiaba solo en el alma. Y ella confiaba en la tentación y en la risa. En la risa que le dio ver a Fatma mugir y bufar. Confiaba en las lágrimas que derramó sobre el bebé de Fatma cargado en sus brazos. Lágrimas del mundo por la injusticia de nacer. Quería tejerle un chaleco, una vida antibalas. Quería una lluvia de regalos, una cena romántica, un poco de vodka sin Pierre; una pizca de Pierre sin vodka. Quería ir de compras al mall, hacer la siesta en un apartamento de una avenida en Bogotá; quería.

En el hospital de Dashte Barchi, ella se paseaba por los pasillos ordenados, verdes, femeninos. Sus brazos de canela fina bullían de medicamentos y de caricias. Una camilla nos tentaba, una y otra vez, a que se nos pudriera el espíritu sin chalecos antibalas, sin pantalys, con vida. Traíamos vida; corríamos con bebés. De un aguacero de balas a otro. Tejíamos, con el cuerpo, un chaleco para ellos; antibalas para los dos. Enrollábamos los niños en los brazos y en el pecho, y en el aire frío del desierto, en el hielo del odio, embestíamos una ventisca de explosiones. Durante la lluvia, ella se quitaba el chaleco, se aferraba a su pecho y corría bajo las agujas del agua, que también corría a borbotones. Ella se lavaba en lágrimas por dentro. Pinchazo, pinchazo. Daba zancadas para no correr. Disparo, disparo. Caminaba porque no quería trotar. Frío, hielo sobre el pecho. Eso me molestaba de ella, que se quitara el chaleco antibalas en las noches en que llovía carne podrida.

La fragilidad de los cimientos

Sergio Gustavo Simionato
(Argentina)

Un compendio de anomalías flota en el aire. Como si la capa que recubre la realidad se estuviera arrugado en el centro y los eventos de aquella mañana se mostraran distorsionados, ralentizados o confusos.

Todo transcurre como a través de un prisma irregular y no es posible evaluar los hechos con la lógica que merece un análisis profundo. No al menos en ese momento ni en las horas posteriores. A diferencia de mañanas similares a tantas otras, olvidables e idénticas entre sí, en el futuro todos recordarán lo que estaban haciendo aquella mañana en particular, con lujo de detalles, recordarán los hechos, aunque también las sensaciones y emociones que los acompañaron.

En el septuagésimo octavo piso, en una sala de reuniones, en un cenicero que descansa sobre una mesa pesada y maciza se observan dos cigarros premonitorios, dos canutos humeantes a punto de volverse ceniza. La humareda no asciende, sino que avanza

paralela al suelo, impulsada por la corriente de aire que ingresa en la sala y que no le permite elevarse hacia el techo. La reunión que allí comenzó jamás finalizará y todos debaten como si las conclusiones obtenidas tuvieran injerencia en el futuro. Todo, lo dicho, lo pensado, lo discutido, desaparecerá como una nube de polvo.

Los detalles son los que definen lo que sigue para cada protagonista, como pocas veces antes, como pocas veces después.

Tamara apaga la alarma del reloj que intenta despabilarla para ir a trabajar. La apaga casi inconsciente, sin darse cuenta de que lo está haciendo, luego se vuelve a sumergir en las sábanas y en el sueño también. Cuando vuelve a abrir los ojos ya es tarde. Siempre ocurre así. El parpadeo más largo de la historia de la humanidad es aquel que se da luego de apagar el despertador en la oscuridad de la habitación. Ha transcurrido una hora. Se cambia con la premura de quien se sabe en infracción, con la sensación amarga de que cuando llegue a la oficina en la Torre Norte del World Trade Center le recriminarán la demora. Pero no llega tarde, porque es un día en el que nadie llega ni tarde ni temprano, porque ya ni siquiera el tiempo importa y tal vez ni siquiera exista. Nadie le recrimina nada, porque no hay nadie para increparle la falta, porque no hay nadie para hacer nada, porque aquella falta que comete mientras el mundo se desmorona, ni siquiera puede llamarse falta.

Son las ocho de la mañana cuando los tres proveedores se sientan en la mesa mejor ubicada, sobre el ventanal del piso 107, desde donde se observa gran parte de Manhattan y Brooklyn. Allí se ofrecen un premio antes que un desayuno, por un negocio que están a punto de cerrar. En cuestión de minutos, cuando firmen el contrato, sus vidas darán un giro irreversible. Su futuro está a punto de transformarse y qué mejor que la vista del restaurante Windows of the World para enmarcar el momento glorioso. Mientras terminan sus cafés ultiman los detalles de la presentación que

están a punto de dar. En un instante de la reunión-desayuno la luz natural matutina se vuelve más tenue, como si una nube enorme y veloz hubiera obstruido la claridad de un sol madrugador. Lo que ven venir, al principio no lo comprenden. Una mole de metal a cientos de kilómetros por hora está a punto de estrellarse contra la torre donde se encuentran. Su futuro, tal cual lo intuyeron, está a punto de dar un giro enorme. Quizá no hacia el lado que hubieran querido, pero nada será igual a partir de ese momento.

Lo más llamativo es el mismo movimiento instintivo que los tres realizan a la vez. Como si sirviera para algo, como si tuviera alguna utilidad. Anteponen las palmas de las manos como si fueran escudos de carne y hueso capaces de detener al bólido titánico que se zambulle, en ese instante, contra la Torre Norte y, para siempre, en la vida de todos los seres humanos.

Edith está en el baño, arreglándose para el encuentro, con la adrenalina propia de los momentos importantes. Ansiosa revisa el teléfono celular mientras aguarda la llamada de David, pero no llega, ni en el horario pautado ni en otro momento. No encendió la TV ni la radio, ni consultó el periódico en internet, por lo tanto desconoce cualquier hecho que esté ocurriendo o haya ocurrido fuera de las paredes de su departamento. La llamada no llega y comienza a creer que David acaba de cambiar de idea, que no se encontrarán en City Hall Park a las nueve de la mañana. Aguarda un tiempo prudencial y luego intenta marcar ella el número de David, pero la línea está colapsada. Vuelve a intentar infinidad de veces y se queja de la compañía de telefonía móvil. Planea llamar más tarde para dar de baja el servicio y contratar otro proveedor.

Cuando sale a la calle comprende todo. Aunque de forma amplia e imprecisa, sabe que algo grave ha sucedido. Hay sirenas por todos lados y la gente camina como escandalizada, en estado de tensión o miedo.

Aún sumida en el desconcierto y la incomprensión comienza a atar cabos en aquel trayecto hacia City Hall Park. Deduce que la

mañana caótica, los semblantes melancólicos, la llamada de David que nunca llegó y las líneas colapsadas son eventos producidos por la misma causa. Todos unidos por el mismo hilo. Incluso agrega a estos hechos infrecuentes una sensación que tuvo justo antes de salir a la calle. El recuerdo de una vibración en el pecho y en las paredes, acompañada de un sonido sordo y contundente, que ahora resurge para unirse al resto de las extrañezas de aquella madrugada. No sabe qué va camino a encontrarse, ya no con David, sino con la desolación, con el desamparo y la confusión. Como si tuviera que empezar a vivir de nuevo, a partir de ese nuevo inicio, que también es un final.

Nunca se produce el encuentro, ni vuelve a ver a David.

Mientras tanto, en la reunión del septuagésimo octavo piso, dentro del cenicero los cigarros humeantes comienzan a desmoronarse al igual que todo aquello que los rodea. El humo y sus cenizas desaparecerán en breve. Aunque hayan sido dos torres las que se abatieron, los cimientos del mundo permanecerán vibrando, estremecidos, deteriorados por el resto de la existencia.

La vida en una llamada

Melissa Mara Jobanna Orrego Serón
(Chile)

Laura, te estoy llamando otra vez, no sé cuánto aguantará el buzón, pero me alegra que estés ahí. Hoy ya es 20 de septiembre y ¿sabes?, me habían dicho tantas cosas de ti que la verdad ya ni siquiera esperaba escucharte, pero aquí estás otra vez, dándome un espacio detrás del teléfono. Hija, no es que no quiera dejarte hablar, pero es que estaba tan impactada con la noticia que me es difícil no dejar fluir esta ansiedad al saber que estás ahí, detrás de la línea, soportando las palabras de una madre que siempre está aferrada a ti, me imagino lo difícil que fue verte en esa situación, imagíname a mí que tampoco lo esperaba, pienso en las horas que viviste y sé lo difícil que es tener una palabra siquiera para explicármelo un poco, imagino las voces, los gritos y no dejo de intentar retroceder un poco el tiempo y estar ahí contigo en ese mismo minuto abrazándote y diciendo que todo va a estar bien, pero no lo está, claro que no. Veo cada tanto las noticias y no puedo no sentir escalofríos al ver esa pila de escombros que eran tus sueños, porque sé que te costó llegar ahí y siento también rabia porque de alguna manera te arrebataron eso a ti y a tantos otros, lo sé porque siempre repetías lo

bien que estabas e imagino esas conversaciones que tus compañeros tenían con sus familias y el pecho se me aprieta, también recuerdo lo orgullosa que me sentía al saber que te gustaba cada cosa que estabas haciendo, aún me cuesta creer lo que ocurrió y sé que a ti te cuesta aún más, debe ser como una especie de pesadilla, pero tú tranquila, hija, que yo siempre estoy aquí para ser tu hombro y espero que llegues luego, te tendré el café que tanto te gusta y hablaremos de todo, de lo que tú quieras, y si te cuesta venir, no te preocupes, que ya compré los pasajes para estar contigo, no, no te preocupes que la historia no se va a repetir, ya verás cuando llegue allá y nos abracemos, me puedo quedar una temporada entera si quieres o puedes volver acá, tú sabes que te esperamos con los brazos abiertos, siempre tenemos los brazos abiertos para ti.

Te cuento, hija, que la primera hora, cuando aparecieron las noticias en la pantalla de ese televisor viejo que aún tenemos, tu padre se tomó la cabeza y comenzó a dar vueltas por la casa, yo no comprendía nada porque apenas venía saliendo de darme un baño, pero dijo tu nombre con los ojos llorosos y luego vi las imágenes de las Torres que se repetían una y otra vez como una cinta de cassette vieja y tu nombre, hija, me volvía en cada uno de los pensamientos y ya sé que vas a decir que soy siempre muy dramática y que estás bien, pero no puedo evitar que se me haga un nudo en la garganta, por favor, espérame detrás de la línea que iré por un vaso de agua, solo dame un par de minutos y quédate ahí.

Ya está hija, espero que sigas detrás de la línea, no tengo ganas de llenarte más de esto, por acá todo anda bien, o no tan bien, la verdad que todo se alborotó un poco pero eso será hasta verte otra vez. ¿Sabes? Dos días antes de que todo pasara fue el bautizo de Facu, ya sé que te hubiese gustado estar aquí, pero también tenías un trabajo y no tienes que sentir culpa por eso, Facu quizás no disfrutó tanto la celebración como sí lo hizo tu tía Marta, es que la hubieses visto hija, la recuerdo pidiendo cada cinco minutos que le llenaran la copa, pero estaba bien, todos disfrutábamos y ella lo hacía a su modo, el tema es que terminó acaparando todas las miradas, si la hubieses visto hija, tú sabes lo bromista que es y en ese estado bro-

meaba cada un minuto y nadie podía dejar de reír, a mí al menos me dolía la panza de tanta risa, ya sabes que tu tía es muy creativa, de hecho a veces pienso que saliste a ella, tan ocurrente y espontánea, no por nada te has ganado ese puesto que tienes y créeme que eso no viene de mí porque yo soy más bien rígida, y no te rías que no he dicho frígida. Imagino que ahora no estás trabajando, no, sería imposible, te deben dar un descanso, que te repongas de todo lo que viviste y luego continuar, sí, continuar hija, yo también lo intento a ratos aunque siempre termino vencida, porque me es difícil hacerlo y sé que me dirás “ya mamá, pero esto ya pasó, la vida sigue”, pero a veces siento que la vida se quedó paralizada en esa imagen de la TV, se está quedando ahora en esta llamada y tengo claro que no debería quedarme estancada pero tal vez no soy tan fuerte como te gustaría, tal vez no soy tan fuerte como te lo dije algún día.

¿Sabes? A veces tu padre me agobia un poco y quiero que eso quede entre tú y yo, ahora vive dando vueltas por la casa mientras se fuma un cigarrillo, creo que ya se fuma unas dos cajetillas diarias y a veces me da un poco de rabia verlo así, es como si se consumiera la vida en cada fumada, pero comprendo que se está volviendo viejo igual que yo, imagínate hija, ya tenemos setenta años pero a mí no me importa tanto eso, aún tenemos unos treinta más, claro que a tu padre le hace falta un tirón de orejas así que guárdalo para él, porque esta vez créeme que lo necesita, incluso pensaría que se muere de ganas de discutir contigo, igual que yo, aunque yo me muero por darte un abrazo, lo anhelo más que discutir y no te rías que sé que finalmente discutiremos igual, supongo que es la forma que tenemos de demostrar nuestra confianza y nuestro amor, pero antes te voy a llenar de besos y no me importa quién esté presente así que tendrás que asumir eso, por mucho que te dé vergüenza no lo podrás evitar y bueno, después podemos discutir un poco o reírnos un poco e ir a comer esa comida chatarra que ahora tanto te gusta, supongo que es parte de adaptarse a la vida de Nueva York.

“Vida” antes me parecía una palabra tan llena de energía y ahora no me deja de parecer escalofriante, incluso mientras te lo cuento se me eriza la piel y se me paran los pelos y yo sé que me dirás “ay

mamá por favor”, pero no se trata de que sea dramática, solo de que este hecho de verdad que nos está marcando y nos marcará hasta el último día de nuestras vidas y no es fácil hija, sé que para ti fue aún más difícil y no dejo de repetirme lo egoísta que soy incluso ahora por estar hablando contigo de lo que siento, yo sé que no es el momento y que tampoco podrás cobijarme, quisiera hacerlo yo, pero ya sabes esta verborrea que me sale no me deja cumplir ese papel y ser tu apoyo, yo quisiera hija, quiero ser un muro de concreto firme y afirmar todo lo que venga contigo y tapar todo lo que te pueda hacer daño, pero no puedo hija, no pude y no sabes cómo me cuestiono a diario el no haber estado ahí y sí, sé que no tenía cómo saberlo, no todos los días suceden ese tipo de cosas, no, nadie lo esperaba, pero no puedo evitar que me persiga la culpa... ya sabes, esta cinta de cassette vieja.

Hija, tu padre está afuera y no deja de tocar la puerta como un energúmeno, yo sé que es difícil imaginarlo de esa manera pero últimamente no sé qué le está pasando, solo golpea una y otra vez tratando de impedir que hable contigo, intentando que cuelgue el teléfono, tal vez es porque entre más viejo más envidioso se pone y no te rías que me contagias y esa risa lo irritará aún más, le he dicho incluso que si le da tanta rabia que hable contigo, que te llame, le he pasado el auricular después de digitar tus números y siempre termina tirándolo y colgando el teléfono, a veces pienso que ya no quiere hablar contigo porque le da pena y otras veces pienso otras cosas que no te quiero contar ahora porque el nudo en la garganta no me dejará continuar. ¿Pero sabes? Siempre termina hablando con tu hermana y tu hermana me abraza, tal vez porque sabe que tu padre se está volviendo un poco loco y ese abrazo nos hace un poco cómplices, tal vez cuando vuelvas nos podremos dar un abrazo las tres.

Hija, me encantaría seguir hablando contigo, pero tu padre sigue detrás de la puerta rogándome que por favor corte y la verdad es que no lo quiero hacer, me cuesta tanto colgarte como me cuesta decirte adiós, es que no puedo decirte adiós, no puedo hija, por más que intento cortar te sigo hablando con una verborrea que me sale de adentro, sigo manteniendo el mismo monólogo todos los días,

pero bueno, no puedo dejar a tu padre detrás de la puerta pidiendo que corte, que corte con todo y yo en serio lo intento, pero el cable del teléfono se ha vuelto una especie de cordón umbilical que nos une y tu voz detrás del buzón de voz me sigue diciendo que estás aquí aunque no estés ahora y no estés nunca, es la forma que tengo de conectarme contigo y tranquila hija, créeme que estoy intentando vivir, pero aún no puedo y no es solo porque me cause escalofríos esa palabra, más bien porque aún me carcome la piel el no poderte abrazar y sé que dirás que me quieries cuerda...

Tu padre no deja de gritarme que por favor cuelgue y creo que ya es hora de dejar el auricular, sé que mañana querrás hablar de nuevo o tal vez no y quizás incluso yo misma no quiera, pero yo te seguiré contando tantas historias, como cuando eras pequeña ¿lo recuerdas? Y te inventaba cuentos de cada cosa que veías y te sorprendía, ahora yo estoy decidida a crear el mío contigo porque sé que ahí te puedo abrazar otra vez, aunque sea solo con mi voz y nunca vuelva a escuchar la tuya.

Te amo, hija, te llamo mañana cuando no esté tu padre y así no siga creyendo que me estoy volviendo loca y por favor deja de reír, que me contagias la risa y tu padre se va a poner peor.

Twin Towers

Federico Ayerza

(Argentina)

“Los prisioneros se consideraban totalmente a merced del humor de los guardias –juguetes del destino– y esto los hacía más inhumanos de lo que las circunstancias habrían hecho presumir”.

Viktor Frankl *El hombre en busca de sentido*

Las torres Catalinas Plaza y Alem Plaza, gemelas idénticas, se construyeron en la década de los sesenta. Ubicadas en el Bajo, en el cruce de avenidas Alem y Córdoba, fueron emblema de una Argentina moderna y globalizada, el orgullo de empresarios y empleados que accedían a sus lugares de trabajo a través de las engalanadas puertas de acceso. Estos mastodontes, con sus fachadas de vidrio, brillaban como estrellas del mundo de los negocios. Pero no nos engañemos, no todo lo que brilla es oro.

*Torre de oficinas Catalinas Plaza, piso 5°
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Hora: 10:52.*

Leonardo metió las manos en el balde de agua fría, sintiendo como si le clavaran mil agujas en cada mano. Sacó el trapo de piso, lo escurrió y lo extendió en el suelo.

Empezó a pasarlo, con ayuda del secador, cuando escuchó una voz a sus espaldas. Esa voz.

—Leo querido, se me cayó café. ¿Pasás por mi oficina después?

—Sí, señor —respondió sin darse vuelta: escucharlo alcanzaba para arruinarle el mejor de los días.

—Pero que sea para hoy, eh.

—Sí, señor.

Al rato, Leo estaba llamando a la puerta de la oficina que decía “Gerente Comercial”.

—Sí, pase —respondieron desde adentro.

Leonardo abrió la puerta con la mano libre, en la otra tenía el balde y el secador.

—¡Qué velocidad! —desde el escritorio, el gerente le hablaba con una media sonrisa socarrona bien marcada—. Hoy te decidiste a atenderme rapidito. Mejor.

Ignorando el nudo que se le hacía en el estómago, Leonardo asintió. Miraba al suelo; con gente como esta evitaba hacer contacto visual.

—Mirá, se me cayó por acá...

El charquito marrón estaba justo debajo de su escritorio.

—Te dejo espacio para tu trabajo, Leo.

En un solo movimiento, el gerente se reclinó sobre su silla, levantó las dos piernas en el aire y, desfachatadamente, las apoyó, cruzadas, sobre el escritorio. Leo miró la suela de los zapatos, con chicles pegados.

—Gracias, desde acá puedo bien, señor.

—Bueno, pero no te jodas la espalda que después hay que pedirte a-erre-té.

Leo, sin contestar, dejó el secador contra una pared y el balde

en el suelo. Poniéndose de rodillas, volvió a meter las manos en el agua helada y agarró el trapo. Se metió debajo del escritorio, justo en el momento en que le pareció que el gerente empezaba a rascarse cerca de la entrepierna.

Fue en ese segundo, en que pensaba pedirle a unos chicos de su barrio que le rompieran algún vidrio al auto del gerente, cuando se escuchó una explosión en uno de los pisos de abajo. El edificio tembló, el secador apoyado contra la pared cayó al piso, los vidrios de la ventana temblaron y el gerente dio un gritito agudo. Leo, del susto, levantó la cabeza, golpeándose la nuca de lleno contra el escritorio. La mirada se le oscureció y perdió la conciencia.

Al rato, cuando abrió los ojos, todavía seguía tirado abajo del escritorio con la cara sobre el trapo y sobre el charco de café. Ese olor se mezclaba con olor a quemado.

Leonardo se levantó. Le dolía la cabeza y tenía un chichón bastante crecido a la altura de la nuca. Además, el cuarto estaba lleno de humo. Una bocanada amarga le bajó por la garganta y tosió. La humareda era muy negra.

Algo había explotado, el Catalinas se estaba quemando y el gerente lo había dejado ahí tirado.

Leo se tapó la nariz y la boca con la camisa de su uniforme y salió al pasillo de oficinas. Ahí el humo era más denso y más negro. Los ojos le ardían y le empezaron a lagrimear.

— ¿Hay alguien en?

Silencio.

Su viejo le había enseñado: “Sean buenos o sean malos, vos sé bueno, siempre...”.

Revisó la oficina de enfrente. Vacía. Lo mismo la de al lado.

“Bueno, pero no boludo”, había terminado de decirle su viejo aquella vez. Así que, miró hacia su izquierda, hacia el fondo del pasillo, y vio el cartel verde luminoso: SALIDA. En medio del humo, corrió hasta ahí, encontró la puerta y la abrió de un empujón. Justo en ese momento, vestidos con traje amarillo de franjas plateadas y casco, por la escalera de emergencia venían subiendo un grupo de bomberos.

*Torre de oficinas Catalinas Plaza, piso 11
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Hora: 11:05.*

Para Carla ese era un día de locos. Tenía dos pilas de expedientes sobre el escritorio –una de “revisados” muy baja y otra de “pendientes” cada vez más alta– y dos teléfonos que no paraban de sonar (–Estudio Carson y Maxwell, buenos días–).

Así estuvo toda la mañana: atendiendo sus llamados y los de la inútil de Julieta, que no estaba.

Cuando el teléfono la dejó tranquila, Carla agarró los cuatro expedientes de la pila de “revisados” y se fue al depósito. Un cuarto largo y angosto, con las paredes del costado tapizadas por estantes de metal, llenos de biblioratos y carpetas, que iban desde el suelo hasta casi el techo. Los estantes estaban ordenados por fecha pero, como todo estudio de abogados que se hace el importante y sin embargo está manejado por boludos, lo más reciente había que ubicarlo en los estantes de arriba de todo. Y tenían dos veces la altura de Carla. Cada tanto, a Carson y a Maxwell –los benditos Juan Carson y Lucas Maxwell– les agarraba alguna manía. En esa época, además de la altura (–más arriba el aire es menos denso, y el papel viejo se deteriora más rápido, Carla, no me vengas con peros–), también les había dado por guardar todo en biblioratos verde agua (–solo verde agua, ¿entendiste?–).

Carla miró el estante de arriba, donde tenía que dejar las carpetas de expedientes.

Agarró el banquito que tenía cerca y lo ubicó frente a la estantería. Tenía la altura suficiente para llegar, pero tenía una pata floja y se tambaleaba. Si se llegaba a caer por culpa de los ratas de Carson y Maxwell, iba a correr sangre. El banquito parecía más una molestia que una ayuda. Así que se puso los expedientes abajo del brazo y subió ayudándose con los estantes.

Todavía estaba haciendo equilibrio cuando sonó un ruido parecido a mil petardos que explotaban al mismo tiempo. Las bom-

bitas de luz del techo estallaron, los estantes temblaron, miles de carpetas cayeron al piso revoleando papeles para todos lados, y el banquito no aguantó más. Carla se fue de cabeza al suelo.

Cayó sobre el hombro derecho. Algo adentro hizo crack –la clavícula, seguramente– y Carla sintió como si le hubieran clavado un hierro recién sacado del fuego. Empezaron a sonar las alarmas de incendio y gritos que venían de otros pisos: en el suyo no había nadie más que ella.

Sintió algo tibio en la cara y el cuello. Las gotas de sangre empezaron a caer al suelo, sobre los papeles, sobre su camisa blanca. Se tocó la frente. También se había cortado.

Mareada, trató de levantarse con el brazo sano. Pero otro temblor, otra explosión en un piso más abajo, la sacudió y volvió a caerse, esta vez contra los estantes. Muchos expedientes quedaron manchados de rojo, la sangre salía a borbotones de la herida de la frente.

Por abajo de la puerta del depósito, que se había cerrado con la explosión, empezó a entrar humo negro.

Otra explosión volvió a tirarla al suelo. Las piernas le temblaban. Carla se quedó en el piso, impotente, con el sabor a sangre en la boca y el humo negro dándole de lleno en la cara.

Con las piernas y el brazo sano, se arrastró hasta la puerta del depósito. Con lo que le quedaba de fuerza, se estiró y agarró el picaporte. La puerta se abrió de golpe y Carla se soltó, desplomándose al suelo. En ese momento, escuchó gente que entraba a la recepción del Estudio.

– Tranquila, somos los bomberos. La vamos a sacar del edificio.

Esquina de las Avenidas Alem y Córdoba, frente al edificio Alem Plaza, ubicado justo delante del Catalinas Plaza.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Hora: 11:28.

En el cruce de las avenidas Alem y Córdoba, detrás del cordón de seguridad armado por los bomberos, había un contingente de pe-

riodistas vestidos de traje, camarógrafos, camionetas con su antena satelital y el logo de su canal de noticias. Desde ahí no se podía ver el incendio —el Catalinas estaba tapado por su gemelo, el Alem Plaza— pero en el cielo se veía una nube de humo cada vez más negra.

Fabián miró a la gente a su alrededor, algunos llorando, otros shockeados. El parecido con el atentado a las Torres Gemelas era demasiado.

—Dale, Fabi, que salimos en cinco. Secate las lágrimas —el camarógrafo le tocó el hombro.

Fabián se secó los ojos con la manga del traje.

—¿Está bien ahí?

—Sí, mejor. Ahora esperá a que del estudio te den la entrada y arrancá.

Mientras se acomodaba el pelo con la mano libre —en la otra tenía un micrófono con el logo del Canal 26—, se aclaró la garganta.

—Ahora —le dijo el camarógrafo moviendo los labios.

—Estamos en Alem y Córdoba cubriendo en vivo la explosión del Catalinas Plaza, siguiendo el minuto a minuto de lo que va pasando. Como se puede observar hay un cordón de seguridad alrededor. No podemos acercarnos más, pero se puede ver el humo negro que se asoma por atrás del Alem Plaza.

El camarógrafo enfocó al cielo.

—Parece que el incendio —siguió explicando Fabián— empezó con la explosión de una caldera del subsuelo. Nadie puede precisar bien cómo, pero suponen que el edificio no tenía bien hecho el sistema de ventilación de gas. Todos queremos evitar pensar en lo peor, en que haya sucedido deliberadamente. Pero parece que el fuego de la primera explosión llegó a las otras calderas y las hizo explotar. Tres explosiones en menos de una hora. Como ven, los bomberos trabajan a toda velocidad para controlar el fuego. Si hubiera más explosiones habría grave peligro de derrumbe...

De golpe, Fabián se quedó paralizado, como todos alrededor.

Se escuchó otra explosión. La cuarta. Y después de un silencio que pareció eterno, sonó un ruido parecido a mil olas chocando contra una escollera. El suelo tembló como en un terremoto.

Fabián, inmóvil en la misma posición, sin capacidad de reaccionar, sintió en la nuca el golpe de la correntada de viento caliente y polvo. Solo pudo cerrar los ojos y la boca con fuerza, mientras escuchaba gritos a su alrededor.

Los cimientos del Catalinas, destruidos, no aguantaron el peso, y todo el edificio se vino abajo... todavía con gente adentro.

Lugar: desconocido.

Hora: desconocida (si la hubiera).

A orillas del lago siempre estaban bien. Con un poco de suerte, decían los lugareños, si la luz daba en el ángulo justo y mirabas atentamente a cierto punto, podías ver el planeta Tierra. Ese mundo desconocido que había inspirado, cuentos, poemas y hasta viajes cósmicos, de los que pocos habían vuelto y casi ninguno contaba algo al respecto.

Nabuki dejó de mirar al horizonte y se concentró en el presente: su bebé, cada día más grande y redondo, jugando en el corral con sus juguetes nuevos. En ese momento los golpeaba entre sí.

—Bebé Kuke —dijo Nabuki—. ¿Qué hace?

Bebé Kuke la miró con el ceño fruncido y los ojos enrojecidos, como siempre que estaba enojado.

—¿Está rompiendo sus juguetes?

Bebé Kuke cambió la cara. Los ojos se le pusieron vidriosos, como si fuera a llorar, y le alargó la mano con el juguete roto. Era un edificio en miniatura, de esos que decían haber visto en la Tierra.

—Bebé Kuke, ¿por qué rompió la torre?

El bebé, con su brazo rechoncho, tiró la torre de juguete, brillante como si estuviera cubierta de miles de ventanitas de vidrio, lo más lejos que pudo.

Volvió a poner cara de enojo y se cruzó de brazos.

—Bebé Kuke, ¿por qué la rompió? No tenía necesidad de hacerlo y, si no tiene necesidad, ¿por qué lo hace? ¿Está aburrido?

Tormenta de cerebros

Maximiliano Sacristán
(Argentina)

El 10 de septiembre, un lunes para más datos, los cuatro guionistas se reunieron en la sede de Burbank de una productora cinematográfica histórica, de las conocidas como *majors*.

La industria de Hollywood necesitaba renovarse volviendo a lo mismo. Y ese año, el primero del nuevo milenio, estaba necesitando reponer en el mercado cierta modalidad del género de acción conocida como “cine catástrofe”. Pues bien, había que tomar la delantera en ese casillero vacío de los videoclubes, planeaban los productores. Aquí la mala de la película ya no era la madre natura (un terremoto, la erupción de un volcán, una plaga de insectos, algún cataclismo cósmico...). El enemigo de la gran nación del norte estaba en ese “otro” que los amenazaba desde afuera. Alguna vez habían sido los alemanes, los japoneses, los rusos... En el fondo, el antagonista de estas historias era siempre el mismo, por más que variaran los rasgos físicos. El enemigo era, en fin, el que hostigaba con sus costumbres foráneas los valores de la forma de vida occidental, más conocida como *the American way of life*. Pues bien, el desafío para los guionistas estaba en encontrar formas de amenaza novedosas.

El lema que regía la imaginación de esta industria cinematográfica decía algo así como “sorprender con lo de siempre”, es decir, buscar variaciones inquietantes en las fórmulas con un éxito ya probado. De allí la manía por los refritos, las *remakes*, las continuaciones...

La Guerra Fría había pasado. El miedo al invierno nuclear, con sus simulacros debajo de los pupitres, era apenas un mal recuerdo en la conciencia de los últimos octogenarios. El comunismo internacional se había recluido en pequeños países casi inofensivos... Ya no eran las naciones las enemigas, ni siquiera los clásicos dictadores de la última mitad del siglo XX (muertos o ancianos). Ahora el malo de la película se llamaba terrorismo.

Los cuatro veinteañeros estaban hambrientos, por eso los habían convocado. Sangre joven, dispuesta a darlo todo con tal de entrar en el negocio de la pantalla grande. Y desembarcaban en un momento oportuno, pues muchos CEO estaban preocupados ante la falta de ideas frescas. Se habían estrenado demasiadas comedias últimamente, era hora de balancear la oferta volviendo al drama. La clave estaba en imaginar de qué manera el enemigo (preferentemente con turbante) podría burlar la millonaria trinchera de la seguridad nacional. Bajo esta premisa se había organizado la reunión.

Jennifer era becaria recomendada por el instituto de cine de una universidad de Montana. Mike, por caso, ya había participado como colaborador de un *script* firmado por Charlie Kaufman, y aunque su nombre no aparecía en los créditos de la película que propició dicha colaboración, el dato en su *curriculum* le había valido que le dieran esta oportunidad. Liam era el hijo adoptivo de un afamado productor teatral de la costa este. Había querido ser actor, pero su timidez compulsiva lo convenció de dedicarse a escribir. La reunión la completaba Katheryn (Katy), una bella afroamericana con tres novelas en su haber, entre las que se contaba un *best seller* inspirado en la biografía de Condoleezza Rice. Algo sabía la narradora sobre relaciones diplomáticas y peligros foráneos.

La sala de reuniones era confortable y luminosa. Por los amplios ventanales podía verse el valle de San Fernando brillando bajo el sol

de California. Había allí un servicio de *catering*, una cafetera, butacas cómodas, aire acondicionado... Y silencio, mucho silencio. El lugar transmitía la calma necesaria para poder crear en las mejores condiciones. Si hasta se les permitía fumar, si así lo deseaban. Bob, el asistente de los productores, se había asegurado de que a los guionistas no les faltara nada. A las ocho de la mañana, puntuales, los cuatro estaban reunidos para la tormenta de cerebros. El anfitrión delegado, un profesional de las relaciones públicas, los presentó y se fue enseguida, cerrando la doble puerta detrás de él. Los jóvenes estaban ansiosos y entusiasmados: sabían que para el fin de semana, a más tardar, debían tener el bosquejo firme de un *plot* para los noventa minutos estandarizados del nuevo largometraje. Era la primera experiencia en serio para los cuatro, auspiciada por una sucursal de las “grandes ligas”. No podían fallar si querían tener futuro en el ambiente.

Tomaron asiento alrededor de la amplia mesa de reuniones, y sin notarlo se distribuyeron por género: los dos varones enfrentando a las dos mujeres. Sonreían, todavía cohibidos. Jennifer fue la primera en romper el hielo con esta idea: secuestro de ojivas nucleares chinas y su introducción en el país por medio de algún diplomático de las Naciones Unidas. Ellos tenían inmunidad, ¿verdad?

—*El pacificador*, 1997, estelarizada por George Clooney y Nicole Kidman —la interrumpió Mike con voz monótona.

—Sabía que en algún lugar la había visto —comentó la becaria, algo turbada.

Se hizo un largo silencio, mientras Liam tachaba una línea de su cuaderno de notas.

—Guerra bacteriológica —insinuó Mike—, algo llegado desde China. Una pandemia que ciertos militares comunistas, disfrazados de turistas, introducen en el país con sus propios cuerpos. Contagios fuera de control. El epicentro: Miami...

—*Epidemia*, 1995, estelarizada por Dustin Hoffman, René Russo y Morgan Freeman... —fue Jennifer ahora quien puso al día a su colega.

—Además, el comunismo ya no vende. No creo que debamos insistir con los rojos... —acotó Liam.

Se hizo otro silencio. Podían escuchar el canto de los pájaros californianos más allá de los ventanales.

—El fanatismo religioso debería ser el móvil. Lo irracional, la locura de las creencias... —opinó Katy, tratando de encauzar la reunión. Los demás asintieron.

—¡Vamos, chicos, no se inhiban! Una lluvia de ideas sirve para que se lancen propuestas, aunque suenen ridículas o delirantes. Sugiramos sin temor. Necesitamos tener algún argumento bosquejado para el mediodía —intervino Liam, y con sus ojos apuntó en dirección a la puerta, en un gesto de connivencia.

Las ideas comenzaron a brotar, caóticas, atropellándose entre sí. Hablaron de satélites rusos fuera de servicio que podían ser desviados de sus órbitas muertas para que cayeran sobre alguna base militar... Pero, ¿cuánto daño podría generar esa chatarra espacial? No eran más grandes que un convertible. Y ellos necesitaban un daño lo suficientemente devastador, como lo haría un meteorito. Alguien reavivó el tema del mundo postapocalíptico, con *zombies* manipulados telemáticamente como un ejército invasor. Tampoco: los europeos, entre series y largometrajes, habían saturado el mercado con la temática de los muertos vivientes. Plagas, se dijo, pero teledirigidas desde el Lejano Oriente, la venganza de los *Japs* por las bombas atómicas. Lo pensaron. No: los ecologistas no lo verían con buenos ojos. Ya bastante se había maltratado a la madre natura. Además, langostas y abejas ya habían tenido su protagonismo en los 60. Por otro lado, no era recomendable reavivar el horror de Hiroshima, como no lo era recordar el macartismo. El mal debería ser tecnológico, o sea, humano. Hackers tercermundistas, se arrojó sobre la mesa: una ciberconspiración del mundo subdesarrollado atentando contra las comunicaciones del tráfico aéreo. Caos en las torres de control de los aeropuertos... Podría funcionar. No faltó el asunto de la inmigración ilegal, ahora que gobernaban los republicanos: balseros cubanos, “espaldas mojadas”... Una invasión multitudinaria de latinoamericanos que cruzara el desierto arrasando con todo, “como saltamontes”, acotó Mike, entusiasmado con la idea. Usarían *buggies* destartados y postapocalípticos, al estilo *Mad*

Max. Jennifer comentó una de las paranoias que le quitaba el sueño a la ultraderecha sureña: temían que de tanto “mejicanearse”, Texas (es decir, Tejas) volviera a ser mexicana de hecho. Lo consideraron un momento y lo descartaron: la de los ilegales no era una amenaza lo suficientemente violenta, ni de alcance nacional. Necesitaban un mal que hiciera tambalear al imperio, un acto criminal masivo que hiciera gran daño a los intereses del país. La clave estaba en el terrorismo, pero cómo.

Para mostrar iniciativa, Katy se puso de pie, tomó un fibrón y se acercó a la pizarra de vidrio. Dijo que sus competencias eran visuales, y sus intuiciones fluían mejor si las podía ver. Ante las miradas atentas de sus colegas, se propuso armar un diagrama de flujo escribiendo en el medio de la pizarra la palabra “Terrorismo”. La encerró con un círculo enérgico. Luego la novelista giró sobre sí y se quedó mirando a los otros. Jennifer recordó un atentado fallido contra el World Trade Center, una bomba puesta en el estacionamiento subterráneo que por suerte no se activó... Año 1993. Hubo un solo muerto. Katy hizo una línea de flujo y la conectó con la palabra “Bomba”. Liam imaginó el caso del secuestro de una flotilla de aviones caza de la Fuerza Aérea por parte de infiltrados norcoreanos en el ejército, con sus misiles listos para derribar torres... Katy dibujó otra línea de flujo y dentro de un círculo escribió “Avión”. Luego se alejó unos pasos para tomar perspectiva. Se quedaron contemplando la pizarra. Cierta núcleo narrativo parecía tomar forma. En un arranque de creatividad Mike se levantó de su butaca, agarró el fibrón de la mano de Katy (sus dedos se rozaron) y escribió “Sacrificio”. Jennifer lo siguió, quitándole el fibrón a Mike (los roces se repitieron) y escribió a su vez “Rascacielos”.

Hacia el mediodía, luego de cinco horas de encierro creativo, Bob entró en la sala sin golpear. Traía una amplia sonrisa. Uno de sus jefes, un conocido productor ejecutivo, lo había telefoneado. Quería saber cómo marchaba la “tormenta”. Katy, aún de pie, le mostró la pizarra con un gesto de la mano, como si le presentara la radiografía de un feto en plena gestación. Ante el diagrama, el asistente puso cara de comprender, pero por las dudas no inquirió.

Estaban cansados. Jennifer propuso que para el resto de la jornada cada cual trabajara en su habitación sobre las palabras clave que había arrojado la tormenta. Al día siguiente avanzarían sobre un guion firme, estaba segura.

Ninguno vivía en Los Ángeles. La productora les había pagado la estadía de una semana en un hotel de tres estrellas. Estaban en las “grandes ligas” del cine, no había necesidad de apresurar la creatividad. La nueva “amenaza” que le daría forma al *plot* estaba ahí, muy cerca. Solo había que dejar que las palabras clave decantaran en sus mentes, que trabajaran por su cuenta mientras ellos se olvidaban del asunto. Más temprano que tarde tendrían entre manos una historia. El film catástrofe, claro, debía contagiar un aire de profecía. La fórmula era bien conocida: entretener a la vez que alertar a la ciudadanía sobre futuras formas de jaquear a la gran nación. El mal mutaba todo el tiempo, y había que ser precavido. Tal era el aporte patriótico de la industria de Hollywood, pensaban los productores. Porque con un *happy ending* asegurado, la amenaza sería oportunamente neutralizada y el villano (preferentemente con turbante) recibiría su merecido castigo.

El asistente los invitó a almorzar, y los cuatro aceptaron de buen grado. Además, anunció, podían tomarse libre el resto del día para conocer la ciudad.

Minutos antes de las nueve de la mañana, Liam golpeó con insistencia la puerta de la habitación de Jennifer. Ella tardó en abrir, descalza y despeinada. ¿Estaba viendo televisión? No, dijo la mu-chacha entre bostezos; acababa de despertarse con sus golpes.

Algo terrible estaba pasando en Nueva York, anunció su colega. Entró sin pedir permiso y se apresuró a encender el aparato. En ese momento, en vivo y en directo, un segundo avión comercial se estrellaba contra la torre sur del World Trade Center, convirtiendo el cielo azul en una bola de fuego. Eran las nueve y dos minutos del 11 de septiembre. Se sentaron en el borde de la cama matrimonial, sin poder creer lo que veían.

Pronto llegaron al cuarto los otros guionistas. Estaban horrorizados, pero no podían dejar de mirar. La realidad se les había adelantado.

Cuando el *zoom* de la cámara siguió la caída libre del primer suicida, Jennifer se cubrió la cara y comenzó a llorar. Mike recogió el control remoto y se apresuró a apagar el televisor. La desolación dentro de esa habitación de hotel parecía replicar el drama que ellos habían tratado de invocar el día anterior. Katy consolaba a su colega murmurándole algo al oído. Mike miraba sin ver por el ventanal del balcón, que daba a la avenida. En la costa oeste la vida seguía con normalidad. Liam pensó, no sin cierto cinismo, en esa frase que repetía su padrastro: “Crisis es oportunidad”. Se creyó en la obligación de aleccionar:

—Chicos, pensemos objetivamente: con esta tragedia nacional se nos abre un abanico de posibilidades. Quizá, hasta un nuevo subgénero documental. Cuando el duelo haya pasado, el cine tendrá que testimoniar a los mártires y héroes de este día negro para la historia del país. Debemos prepararnos para ser los primeros en ofrecerle a Hollywood un *script*...

Jennifer apartó las manos de su cara con brusquedad y observó a su colega con ojos enrojecidos. ¿Era posible que ese canalla pensara en el trabajo cuando miles de inocentes morían y la nación entera se arrodillaba ante el terrorismo apátrida?

¿Especulaba con semejante horror, cuando las víctimas aún pedían socorro? Se lo reprochó con una mirada furiosa, y el actor fallido se vio descubierto en su insensibilidad connatural. ¿Acaso no conocía el negocio del espectáculo?, hubiera querido decirle, pero prefirió callar. Seguramente en ese momento cientos de guionistas, directores y productores en todo el país estarían viendo las torres caer mientras hacían planes mentales sobre las cintas que documentarían semejante devastación, tan difícil de digerir para el orgullo de cualquier estadounidense.

Luego cada uno regresó a su cuarto para seguir los avatares de la catástrofe en soledad.

Esa noche, en una lúgubre sala de reuniones, Bob les informaba a los guionistas que la semana de creatividad quedaba cancelada. Eran libres de regresar a sus hogares.

Dada la gravedad de los hechos, la cinematográfica se replantearía sus proyectos a corto plazo, según le había comunicado el

CEO de la junta directiva, que se reuniría de urgencia en pocos días. Por lo pronto, no había necesidad de nuevos guiones. Ni su propio empleo estaba seguro por esas horas, les aseguró el licenciado en Relaciones Públicas. No obstante, les confió y sugirió, era bueno que investigaran sobre los pormenores de lo ocurrido, por tristes que fueran, y ensayaran ideas con “contenido humano”, pues la productora, una vez que pasara la tormenta, algo pensaba hacer con el recientemente bautizado 11-S.

Los guionistas se miraron. Y lo miraron. Liam tenía razón: el show debía continuar.

Max Hardy, experto en demoliciones

Martín Troncoso
(Argentina)

El 11 de septiembre de 2001 quedó inaugurado formalmente el siglo XXI a través de unos sucesos francamente lamentables. Quiso el destino que la época que los nacidos en el siglo XX vislumbrábamos como el futuro con fecha cierta no se iniciara con una construcción sino, por el contrario, una serie de derrumbes de diversas formas y talantes, desde el edificio insignia del capitalismo mundial, la sede de la seguridad occidental por excelencia, hasta el martirio de los tripulantes del vuelo 93 de American Airlines. Un atentado fallido –se supone– que apuntaba hacia Hollywood, la factoría más grande de nuestros sueños más onerosos y subtitulados.

Recordemos el estéril debate sobre el comienzo de la nueva centuria. Mientras la enorme mayoría suponía haber ingresado en él, el famoso 1° de enero de 2000, algunos revisionistas sostenían que el cambio milenario se produciría un año más tarde. Habría que remontarse al nacimiento de Cristo para desvelar si se trataba del año cero o uno de nuestra era. Ningún matemático estadístico en su sano juicio empezaría un ciclo por el cero, ni siquiera el delirante y poco efectivo calendario republicano francés, que apenas duró

ocho años entre 1792 y 1806 con sus confusos Termidor, Mesidor, Floreal, Pradial, Brumario y Frimario.

Inauguramos el milenio a pura confusión y la cosa fue empeorando.

Maximilian Samuel Hardy era un físico contratista del mercado inmobiliario de Nueva Inglaterra, que llevó una vida sospechosamente similar a los aconteceres de esta época. Por eso resaltar su historia es, de una manera no lineal, narrar todos los sucesos de estos tiempos en la ignota biografía de un sujeto que la historia, si llegara a ser justa, iluminará en algún momento de zozobra para actuar como faro y guía en medio de tanta oscuridad. Por alguna vaga razón, ciertas existencias condensan el espíritu de época a la perfección, transformando a estas personas en un fiel reflejo de sus tiempos.

Nacido en Portland, estado de Maine, resultó coterráneo de Stephen King, y en el mismo estado también había nacido Howard Phillips Lovecraft. Quien haya visto el follaje de otoño de la bucólica zona costera comprenderá la nostalgia y melancolía que invade a sus habitantes, así como la certeza de que en la corteza superflua de la realidad suele haber algo que se halla oculto. Siempre.

El ingeniero Hardy era un erudito en diversos temas. Había centrado el foco de sus actividades en demoler edificios, en general para reemplazarlos por enormes rascacielos. Los centros comerciales también cotizaban en alza y revalorizaban la zona. Utilizaba todo tipo de procesos. Desde la destrucción manual en edificios de tres plantas a lo sumo, hasta preciso material hidráulico, excavadoras, grúas, topadoras y elevadas plataformas de trabajo. Las bolas de demolición suelen parecer un recurso de *cartoons* antiguos pero resultan efectivas.

Sus clientes, sin embargo, preferían las explosiones. Había cierto idealismo bélico en la destrucción legal y permitida que estrujaba los corazones de los propietarios de predios. Asistían sin dudar al final de una estructura y manifestaban mucho más entusiasmo en la ardua y lenta construcción que la reemplazaría, a pesar de que la misión era, permítaseme la chanza tonta pero cierta, muchísimo más edificante.

Las grandes estructuras colisionan por implosión. Preparar una torre para su inevitable final no es una tarea sencilla. Es necesario limpiar la zona por colapsar. Remover vidrio, desmontar valiosos cableados usando polímeros de protección, y transportar todo aquello que se rebelara a ser pasible de su fin, como vigas externas o cristales que se dispersarían como dagas, aun en una explosión controlada. Max Hardy supervisaba en persona todos los pasos y, hay que aceptarlo, la tarea final lo emocionaba tanto como a sus clientes. El resultado definitivo para él era satisfactorio, pero los ocasionales testigos generalmente salían defraudados.

Ver derrumbarse una mole es subyugante. Sin embargo, la implosión es una forma controlada de acabóse y quien espera ver una de cine catástrofe, por exceso de filmes bélicos o una expectativa superior a la realidad, a lo sumo siente que pudo observar el tráiler. El ingeniero supervisaba cosas que el resto de los mortales no veían: cuanto menor el radio de dispersión, más excelencia había en el trabajo. Un asistente le propuso, en una ocasión, vender camisetas con la siguiente inscripción: “Yo estuve en la caída del City Hall de Saint Andrews”, rematado con la imagen del ayuntamiento que pasaría a la historia. No participó en el juego, pero lo permitió y es seguro que su subalterno obtuvo pingües ganancias.

El 11 de septiembre de 2001, el experto en demoliciones tuvo triple trabajo en distintos barrios de Providence, todos solicitados por la misma empresa contratista. A 226 millas de la ciudad de marras. El World Trade Center estaba a punto de convertirse en historia y formar parte de ella con la velocidad de un misil y daños similares.

Si New York era Babilonia, el WTC era la mismísima Torre de Babel y, a pesar de albergar muchas lenguas y nacionalidades, el idioma común era el dinero. Semiólogos e historiadores quisieron ver en el atentado, una inevitable consecuencia de políticas imperiales y juzgamiento en Medio Oriente. Lo cierto es que el cafetero del piso veintiséis no tenía la menor injerencia en esos temas, la *data entry* de una pujante mesa de dinero no había invadido Bagdad e incluso, los peces gordos que apoyaron intervenciones y hasta las financiaron de manera solapada, no tenían que haber volado por los aires. Nadie.

Nunca. Nada. Teorizar sobre una masacre es una forma de consentirla y avalarla. Tanto en Oriente como en Occidente.

Max Hardy solía levantarse antes de las seis, ingerir un nutritivo desayuno y poner pies en polvorosa antes de que su familia despertara a pleno; casi siempre era el primero en llegar salvo el sereno, que conociéndolo, ya le habría preparado un café bien cargado, nada de esas porquerías descafeinadas de estos tiempos tan modernos. A lo sumo edulcorante, para evitar la glucosa, que ya se encontraba al límite.

Llegó a efectuar una demolición a las 8:02. A las 9:05 había comenzado a escuchar las noticias que llegaban en cadena, pero como todo era bastante confuso, siguió adelante con la de las 10:28, momento exacto en que se derrumbó la segunda mole. Allí detuvo en seco la operación restante. Cualquier estruendo podría alimentar la psicosis. Los ciudadanos sentían que el país entero estaba siendo bombardeado.

Republicano hasta la médula, Max Hardy montó en cólera ese día, lo recuerda aún con claridad. Si le hubieran dado un fusil, habría marchado junto a los bravíos marines a matar a cada Alí Babá que se le interpusiera en el camino. La bandera de su casa flameó a media asta. Todas lo hicieron. Esa noche elevó una plegaria a su Dios. Resultaba imposible que fuera el mismo que el de ellos.

Debido a su prestigio en un tema que lo atañía directamente, el gobierno lo llamó en más de una oportunidad. Aunque no eran tan comunes como hoy, tuvo una nutrida agenda de videoconferencias. Nunca pisó el Ground Zero, salvo de respetuosa visita unos años después, cuando el memorial eran unos potentes haces de luz que se perdían en el cielo. Las conclusiones de los atentados resultaron secretos de Estado. Eso alimentó suspicacias. No era un tema menor cuando los crímenes demenciales del 11S habían inaugurado la guerra global contra el terrorismo. Y sin embargo se alzaba como el gran bastión occidental. A la cabeza estaba Junior. Max respetaba muchísimo a su padre, pero el crío le resultaba bastante lelo.

Si había algo que el ingeniero conocía era una certeza que iba mucho más allá de planos y estrategias de planificación zonales. La

ciudad se encuentra en constante movimiento, el mundo también lo está, incluso nuestro cuerpo, que en quince años renueva completamente su estructura celular. Cuando nos dicen que no somos los mismos de antes, están mucho más en lo cierto de lo que intentan expresar.

Conservamos postales fijas o fragmentos cortos en movimiento, editamos nuestro propio mapa. Nadie conoce el mismo territorio que el otro aunque el catastro sea idéntico y las leyes iguales para todos, al menos en teoría. En cada urbe hay millones de ciudades, más de una por persona. Las modificamos constantemente y las variables aumentan de manera exponencial. Cuando dejamos de trazar la ruta es el fin del camino, caemos del mapa y como la tierra no es plana, nos salimos de la órbita. En estas épocas hasta esa obviada es necesario aclarar. Las víctimas del 11S y las guerras venideras derivadas del fatídico momento tiraban por la borda sus saberes y vivencias con crueldad, como un mordisco violento y artero, también como una caída al vacío.

Al contemplar viejas ruinas las reconstruimos con la mente. Imaginamos su edificación, pero casi nunca su derrumbe. Sinécdoque que aplicamos con la mayor naturalidad. Probablemente, en ese pequeño esfuerzo mental esté en juego nuestra supervivencia como especie. Alguien realiza la operación contraria; si solo ve destrucción allí donde aún fluye vida, es probable que no funcione muy bien de la azotea. Y cuando las fallas son grandes, los ambientes superiores son los primeros en ser demolidos a pico y pala.

Otro secreto, tal vez el más importante y que el ingeniero comprendía a la perfección es el *horror vacui*. Los vecinos se encariñan con las viejas construcciones, pueden incluso recelar de una nueva, pero lo que odian con locura, son los terrenos baldíos. Son desiertos en el medio del oasis y hacen que los manantiales se contaminen de arena y residuos hasta volverse aguas servidas. Agujeros negros de la planificación, cada vez proliferan más por cuestiones de litigios sucesorios, o emprendimientos inmobiliarios fundidos a medio camino, tal como ocurrió en la crisis financiera global de 2008.

Monumento a la improductividad, esos lotes se transforman dentro un imaginario cansino en basural, escenario de las peores tropelías, cuna de alimañas y hasta rituales demoníacos. Devalúan la zona y aterrorizan casas linderas.

Max solía aconsejar a los inversores acerca de la delicadeza de este asunto. Había una cuestión casi ontológica en el problema. La gente odia los espacios vacíos. En sabia estrategia artística, las Torres Gemelas no fueron reconstruidas. En su lugar existen dos fuentes que se pierden en las profundas oscuridades, remarcando hasta la angustia la peor de las ausencias.

Nuestro héroe prosperó durante el siglo XXI como nunca. Los terrenos a medio camino fueron condenados a la destrucción. América Latina siempre había sido el patio trasero, aquel donde se depositaban trastos viejos hasta que los devorara el tiempo y la herrumbre. Hoy sería un lujo merecedor de un vergel. Cada población americana rezuma de espacios vacíos donde descartar aquello que hasta las brigadas sanitarias rechazan. Algunos proponen levantar un muro para ocultar la escoria, también para que no se vea desde el exterior que algo se está pudriendo. Hoyos en medio de la destrucción, similares a los pozos petroleros que comienzan a escasear. Si no contienen el avance de estos páramos privados, las ciudades pueden tornarse desiertos.

Max Hardy sabe con certeza que un ejército de *bulldozers* y topadoras solo dejan ruinas a su paso. Aunque para él sean muy rentables, si la miseria se expande nadie pondrá un céntimo para las próximas destrucciones, menos aún en construcciones que se han vuelto onerosas en extremo. Estados Unidos es como el ave Fénix, siempre resurge de sus cenizas. Si los pastizales están húmedos y descuidados, es difícil tan siquiera que haya fuego. Solo un tonto pagaría por derribar obras que se caen por sí solas.

Desde su mansión en Providence, una Xanadu en miniatura, digna del sueño americano, observa con preocupación un mundo donde las estructuras dejaron de ser sólidas. Se construyen con unos y ceros. Él ya no está para esos trotes. Si bien sus hijos entienden más del tema y recomiendan desarrollo de apps para publicidad

y diversificarse, el decano de los Hardy comenzó con una maza en la mano y, aunque se lo expliquen mil veces, no comprende cómo manipular aquello que no se tiene.

El último instante del sueño de la modernidad y un mundo palpable se hizo trizas cuando el Boeing 767 de American Airlines impactó contra el primer objetivo. Las estructuras no cedieron y todo se desplomó. Tal como lo había hecho una muralla en el centro de Europa, una docena de años atrás. En el siglo XXI nos esperaban autos voladores; en su lugar encontramos aviones que sacuden rascacielos.

Lo que los ojos veían era imposible tocar. Ese fue el signo de los nuevos tiempos, La amenaza siguiente resultó invisible y global. El eje del mal en el presente se reduce a una maldita microbiología terrorista.

De la mancomunidad ante el horror al individualismo del miedo, ya pasaron veinte años. El nuevo terror deja edificios en pie, pero consume a sus habitantes y deja impagas las rentas. *Mi*ter Hardy ya está viejo y solo. Es presidente honorario de la empresa con su nombre, estadísticamente está en funciones, pero ustedes saben cómo funciona eso. Sus hijos se dedicaron a administración de empresas, exclusivamente las suyas, salvo la menor que se le dio por el arte, nada concreto, la muy descarriada.

Hábil con las manualidades, Max Hardy aún posee una tradición personal y secreta. Durante su larga carrera solía tomar una piedra del terreno devastado; un bloque de mampostería también servía, según el caso. Con ella esculpía en miniatura los contornos del edificio demolido. Según la importancia del trabajo y la calidad del memorial, ahondaba en detalles y lograba reproducir la maqueta con la precisión de una fotografía aérea. Contemplaba el trabajo con fruición y, antes de colocarlo en un anaquel, sentía el poder de disfrutar otra vez la sensación de que ese gigante nuevamente estuviera bajo sus manos. Ahora construye megapalacios de superhéroes sin asidero en el mundo real, únicamente para sus nietos, y el monopolio de la destrucción sin igual le corresponde a un malhechor que se hace llamar Thanos, que nada sabe de implosiones ni control de daños.

Sus nuevas construcciones no descansan en repisas, pueblan el cuarto de juegos. Todo un progreso sobre el final de su vida.

Con amargura guarda un pensamiento agrio y profundo que se llevará a la tumba. Las piedras que pueblan su estantería, el tiempo y el viento las convertirán en arena. Desde nuestras góndolas de consumo insatisfecho, todos nosotros vamos por el mismo camino.

Al Bouraq y el salto al paraíso

Marina Leibovitz
(Uruguay)

A finales del siglo VII el califa omeya Abd al-Malik (646-705) ordenó construir un domo gigantesco que cubriera el peñasco en donde se apoyó Al-Bouraq para saltar al Cielo. Se trataba de un lugar sagrado. Con el tiempo se construyó la hermosísima Cúpula de la Roca, cubierta de láminas de oro y donde todavía pueden observarse las huellas de los cascos de Al-Bouraq, que quedaron impresos en la dura piedra cuando el poderoso y grandioso animal, más grande que una mula y más pequeño que un camello, se posó y se impulsó desde allí para remontar el inconmensurable espacio celeste llevando montado a Mahoma en un viaje nocturno. Dichosos y afortunados los que en verdad creen en ello y visitan al menos una vez en su vida este lugar siete veces santo en Jerusalén. Durante trece siglos, la Cúpula de la Roca fue el centro admirado de la Creación hasta que al cabo de quinientas mil lunas, algo –innombrable– comenzó a provocarle doble sombra y molestó al Profeta.

Recuerdo perfectamente el 11 de septiembre de 2001. Fue un martes. Ese día a la mañana partía hacia Los Ángeles por trabajo. La víspera a la noche estaba nerviosa, tenía un mal presentimiento. Nunca me gustó el 11, me parece una doble provocación al cielo, como dos babeles perfectas que pinchan al renglón de arriba. Dos estacas esperando al condenado, dos lanzas puntiagudas clavadas en tierra... Era un número que me daba incomodidad. El 111 o el 1111 parecen peores, pero no suelen asaltarme cada mes como el 11 ni cada mañana al acercarse el mediodía. Y “hoy”, me decía, coincidían fecha y hora. Porque a las 11 ya estaría en destino. Algo inesperado tendría que ocurrir. Habíamos planificado este viaje con antelación y todo estaba dispuesto.

Mientras esperaba que nos llamasen para iniciar el embarque, me distraje probando perfumes, revisando las ofertas de Desigual y cotejando precios de chocolates en el *duty-free*. Me llamó la atención que se detuviera frente a los relojes y luego observase detenidamente los licores. No parecía un bebedor ni un hombre preocupado por el tiempo. Todo lo contrario: era gordo, parsimonioso, de tez morena o morisca. Edad imprecisa, camisa blanca abrochada casi hasta arriba o hasta donde le permitía la papada; cabello oscuro, abundante y denso como un colchón de hebras de puro chocolate amargo. Lo imaginaba bajo la lluvia o la ducha... y cómo las gotas se deslizarían sin mojarlo como sobre una capa impermeable negra. Lo cubría un Panamá de paja toquilla. Había algo en él que me daba cierta desconfianza. Comencé a observarlo, a seguirlo por las góndolas, traté de oír lo que conversaba desde su celular diminuto que parecía un gusanillo en su mano regordeta. Hablaba en árabe. Lo había escuchado decir claramente “habibi” cuando me detuve apenas a un par de pasos, frente al mostrador de los Swatch. Lo imaginé hablando con su amorcito en Omán o Yemen. Hizo dos llamados más, mientras caminaba hasta los licores y tomaba una botella de Jägermeister a la que dio unas vueltas y volvió a dejar al lado del Baileys. Afiné el oído, en efecto hablaba en la lengua de Alá: “As-saa-laam-muu-alei-cum waa-rah-ma-tall-laa-ji wa-bara-kaa-tu-hu”. Colgó. Agarró fuertemente su maletín,

sin ruedas y pesado, del que se asomaba un libro de tapa rosa y se dirigió hacia la salida.

“Atención. Pasajeros del vuelo 175 de United Airlines con destino a Los Ángeles, por favor dirigirse a la puerta de embarque número 3...”, anunció una voz metálica. Dejé a Carolina Herrera junto a Kenzo y me dirigí hacia la fila de embarque. Se hizo la hora... Mi gordo también caminó hacia la zona de embarque. Se me ocurrió bautizarlo Omar... Era redondo como una O y corto de estatura como palabra de dos sílabas. En vez de permanecer de pie haciendo la fila, prefirió sentarse y abrir el libro de tapa rosa. La curiosidad hizo que me acercase y descubrí que no se trataba del Corán, sino que leía a Saramago, en inglés: *Blindness*.

La fila iba lenta. “Atención. Último aviso a los pasajeros del vuelo 175...” Aún quedaban por pasar el molinete unos jóvenes, una mujer con una niña de unos cuatro años, un matrimonio con dos criaturas más, que mostraban sus berrinches y anticipaban un vuelo de llantos y gritos infantiles, unos cuantos deportistas y dos o tres “empresarios”, maletín o mochila negra a la espalda, saco y corbata. Omar se puso de pie y fue a armar la fila. Yo lo seguí y creo que éramos los últimos. Nuestras miradas se cruzaron un segundo: sus ojos eran de la oscuridad del café a la turca, algo pequeños para una frente tan amplia.

“Atención. Sr. Gadaffi, dirigirse por favor a la cabina 6 de Aduana. Sr. Abbas Gadaffi...”. Omar suspiró hondo y dio media vuelta. Sus cejas se arquearon. Volvimos a cruzar la mirada. Era él: Gadaffi... Llegué al molinete. Me chequearon el pasaporte y me perdí por la manga hasta dar con la puerta del avión. Seríamos unos sesenta y cinco pasajeros.

Arriba del avión busqué a Omar, pero se ve que no era su destino. Resonaba en mis oídos el recuerdo de Omar pronunciando “habibi”. Hacía mucho que no escuchaba esa palabra o una palabra de afecto tan sentida. La puerta se cerró y a los pocos minutos el avión comenzó a carretear. A mi lado una mujer hacía cuentas en su laptop, indiferente a todo. A las 8.011 despegamos. Diez minutos más tarde, como era previsto, secuestramos el avión.

“Hay una mujer detrás de mí con un arma”, dijo la azafata a sus compañeras, que se hicieron rápidamente a un lado mientras ambas avanzamos por el pasillo detrás de la cortina del compartimiento de primera clase. Allí se unió Marwan al-Shehhi, con quien habíamos entrenado muchas lunas para el plan, y desde mitad de cabina se levantó Rahime Dakín, mi medio hermana, que había adherido a la causa islámica después de la muerte de nuestros cinco primos en el atentado de Haifa.

Cuando se abrió la puerta de la cabina, la azafata informó a la tripulación que había una mujer detrás de ella con un arma. Mantuvieron la calma. Eran tres: el piloto, un pelirrojo de piel deslucida, el copiloto, canoso y asmático, y un ingeniero de vuelo.

“Giren hacia Nueva York”, ordenó al-Shehhi.

La voz del capitán se escuchó por el altoparlante: “Tenemos aquí a una pareja muy nerviosa y vamos a llevarla a donde quieren ir. El avión toma rumbo hacia Manhattan. Tengan calma. Está todo controlado”. Eso creía.

La tripulación dentro de la cabina temía por su vida, pero algunos pasajeros vivían lo que ocurría como parte de una aventura. Rara, pero aventura... hasta que dos de los deportistas quisieron romper la puerta de la cabina. Rahim saltó entre los asientos hacia adelante. Fue agredida. Se unieron Fayet y Mohamed, que permanecían aún sentados en Business. Comenzaron los gritos, los forcejeos. Las patadas e insultos. Salí al pasillo amenazando a la azafata con mi sevillana para que los pasajeros volvieran a sus asientos.

“El combustible alcanza para una hora, estamos justos”, dijo el copiloto. De un empujón Marwan lo apartó y se puso a manejar el avión directo al blanco previsto: la Torre Sur de la Nueva Babilonia americana.

Fue muy rápido. Apasionante. El avión se clavó como lanza... como el 1 que faltaba para completar ese lastimero 11 puntiagudo. Vimos las estrellas. Me imaginé estar dando la zancada de Al Bouraq en nuevo viaje nocturno. Los astros brillaron intensamente en la oscuridad de la noche, iluminando los desiertos de Arabia y más allá. Sentí el viento en mi rostro y los latidos del corazón con fuerza

en el pecho. Se restituía el equilibrio. ¡Cuántas señales y maravillas de Dios debió haber visto el Profeta Muhammad en ese milagroso viaje nocturno! Alabado sea Alá. Ahora... las estaba viendo yo en un salto al cielo. En Nueva York eran casi las 9:03 y empezaba el día; en Arabia comenzaba a caer la noche y con la noche caímos en un profundo sueño que nos elevó hasta la entrada del Jardín florido.

El Profeta escuchó mi relato asintiendo con su cabeza y bebió su copita de anís. Al-Yanna me iba abriendo las puertas, al ritmo de once campanadas, luego de pronunciar la fórmula sagrada. Recité la Sura 4, Aleya 13: «Quienes obedezcan a Dios y a Su Enviado, Él les introducirá en Jardines debajo de los cuales fluyen ríos, en los que estarán eternamente». Cuando callé escuché el cantar del agua de las fuentes perfumadas con alcanfor y jengibre y el discurrir de los cuatro ríos: de agua, de leche, de miel y de vino que no embriaga. Al costado del profeta, un ángel policéfalo de setenta cabezas y setenta lenguas susurraba, en setenta idiomas, un saludo de bienvenida a quienes deseábamos entrar al Paraíso, luego del 9/11.

Se nos presentaba un pórtico con tres puertas coronadas de cúpulas de perlas, rubíes, jacinto y esmeraldas, en un exquisito ensamble de colores esmaltados. Delicados cortinados rojos guardaban la entrada a infinitos pasillos celestes. Miré hacia arriba y vi un delicado juego de arabescos en las cúpulas. Sobrevolando el mismísimo Jardín, hasta llegar al lugar sagrado designado, me inundó una gran paz y vi a las huríes, mujeres purificadas, prometidas a los creyentes. Poblaban las orillas de los ríos, cabalgaban camellos, trepaban los árboles en busca de frutos cargadas de alhajas de oro y piedras preciosas. Mientras cada hombre que llega al Paraíso era elegido por siete esposas dispersas en el jardín, a las mujeres se nos otorgaba la gracia de ser amadas por un solo hombre. Una especie de ley del contrapaso, por oposición. Cierta justicia divina. No había sido muy práctica, pero el haber entregado mi vida me daba

derecho a subir hasta el séptimo cielo, si el Profeta lo juzgaba satisfactorio. Y entré y subí y llegué junto a un angosto río caudaloso con peces saltarines, dorado con reflejos azules, donde la luz imperaba en forma absoluta. Me inundó la paz. Multitud de ángeles de rostros andróginos y alas multicolores, vestidos con chilabas, me rodearon y colocaron una diadema. Pregunté a uno de ellos dónde quedaba la biblioteca, porque ahora por fin podría terminar de leer los siete tomos de Proust, el *Ulises* de Joyce, la *Suma Babilónica* y la obra de Saramago que había despertado mi curiosidad en el aeropuerto al asomarse del maletín de Omar... ¡Omar! Un ángel de bucles de oro me indicó el camino por el sendero de flores turquesas y colibríes. La biblioteca era otro jardín. Los libros se archivaban como en un herbario: soplabla una flor y empezaba a escucharse el texto, en la voz del mismo autor. Superaba lo que había imaginado. Y el asombro fue mayúsculo cuando escuché detrás de una camelia de flores rosadas: "Habibi". Era él. Pero... ¿Omar? ¿Qué hacía allí, si lo había dejado en tierra? "Sr. Gadaffi", pregunté entre afirmando... "Sí". "¿Usted, aquí...?". "Un infarto", respondió. Sonaron las campanas, un sonido metálico y pesado. "Pero pensé que solo subían hasta el séptimo cielo los que morían por Alá, y un infarto no parece ser muy meritorio". "Las apariencias engañan, señorita. Mi infarto provocó el derrumbe de la bolsa de Manhattan. Me llevé a la tumba la fórmula de Coca-Cola, terminaron suicidándose treinta y cuatro de los principales líderes de los mercados y quebró Goldman Sachs". Suspiró mi Omar profundamente. "Y nuestro pueblo no fue acusado de incitar la Guerra Santa ni nada de eso... porque mi muerte fue de lo más natural, obra de Alá que tiene hasta el último grano de arena contado en el desierto". Quedé boquiabierta, un nuevo orden de no violencia parecía avecinarse, pero enseguida nos inundó la música de los laúdes y timbales. Un ángel nos tendió una bandeja de fatay recién horneadas y convidó unas copitas de anís del Mono. Y este fue mi primer día de Paraíso. ¡Que las bendiciones y la paz de Alá sean con el Profeta y con cada uno de nosotros!

11 de Septiembre

Pierre Dumas

(Argentina)

9/11. Hace veinte años que esta fecha me mata y me vuelve a matar. Y hoy no será distinto. Sino peor, porque hace días que las redes sociales arden con recuerdos, homenajes, debates y –para qué negarlo– insultos y denegaciones. Es que hay algunos números que se prestan más para los aniversarios, las ceremonias o los recuerdos: 1, 5, 10, 20, 50 y 100. ¿Por qué ellos y no el 7, el 23, el 44 o el 168? En este caso, ¿por qué no el 9 o el 11? Durante el Medioevo los hombres tuvieron miedo de la cifra 666 y nosotros ahora nos estremecemos al recordar el 911, el mismo número de las emergencias...

El siglo XXI fue llevado a las pilas bautismales del odio, de la muerte y de la destrucción ese mismísimo 11 de septiembre. Pero para mí no fue un bautismo, por más abyecto que haya sido, sino más bien un doloroso funeral. Porque viví la muerte en carne propia. La sentí. Me partió en dos. Se llevó la mitad de mi cuerpo, de mi alma y de mi cabeza. No tuve la suerte de irme del todo, como las demás víctimas. Una mitad de mí sigue aquí y ni siquiera lo puedo

contar, porque mi secreto mataría de nuevo a la otra mitad que ya se fue. El dolor fue lo suficientemente grande la primera vez. No tengo ganas de volver a experimentarlo, aunque el fulgor atroz haya sido reemplazado con el tiempo por una lenta agonía, una tortura apenas soportable que no descansa jamás.

Suena cursi, quizás. Pero es así. Una parte de mí se murió el 9/11. Y desde entonces estoy esperando el final de la otra mitad; esa que quedó y escribe estas líneas, para que alguien, en algún momento, conozca mi historia. O mejor dicho nuestra historia. Una historia que saldrá de la jaula del archivo .doc donde la tendré encerrada hasta que nuestras dos partes vuelvan por fin a ser un todo.

Hoy decidí ponerle un punto final. No podría soportar esta tortura veinte años más. Ni siquiera uno solo.

El mundo no cambió mucho desde el 9/11. Aparecieron las *apps*, los iPhones, el 4G, Sudán del Sur, Facebook, el titanosaurio y encontraron agua sobre Marte. Pero creo que no se trata sino de meros bálsamos. Mejor dicho meras capas de barniz que tratan de disimular las resquebrajaduras de un mundo a punto de reventar, de colapsar o de explotar por sus excesos, sus odios y sus certezas ciegas. Y yo en medio de todo esto soy un Prometeo que muere y renace. Lo mío es un suplicio moderno: plantado delante de mi MacBook Air, tardo 364 días en reponerme de la muerte y vuelvo a fallecer en la mañana del 365.

¿Acaso esa tortura sería más llevadera si pudiera compartir mi secreto? Ni siquiera es una opción. Ni por mí ni por mi hermano gemelo. Revelarlo sería derribar de nuevo las torres y destruir lo único que sobrevivió: esta nube blanca y resplandeciente hecha de recuerdos, de afectos, de compasión y de amor; una de estas pompas de formas alodonadas que flotan dentro de la mente de cada uno de nosotros y nos aferran a la vida y a los seres queridos.

Éramos Brett y Brad, tan parecidos como dos gotas de agua. Así nacimos y así fuimos siempre. Cada uno era parte del otro, como reflejos de dos espejos que se miraban mutuamente, en todo momento. La adolescencia suele hacer bifurcar los caminos de los gemelos, incluso los más cercanos, los más simbióticos, como éramos nosotros. No fue el caso. Llegamos a la adultez y éramos más que nunca uno solo como al momento de nacer. Luego de la secundaria de nuestro barrio, en Brooklyn, nos casamos con Criquette y Ashley, dos mellizas que vivían a solo unas cuadras de distancia de la casa de nuestros padres. Las conocíamos desde niñas y sabíamos que tarde o temprano estábamos destinados a formar parejas entre los cuatro. Ellas se parecen tan poco que nadie podía creer que fueran siquiera primas. Fue la primera –y única– diferencia entre nosotros. Por lo menos en las libretas de matrimonio. No es que intercambiáramos nuestras parejas y nuestras casas por juego o por vicio. Siempre fuimos uno solo y nos hubiese parecido inconcebible vivir de otra forma. Era algo natural y lo hacíamos sin siquiera pensarlo. Si yo era Brett, por qué no podía ser Brad. Y cuando yo era Brad, también era Brett. Él se casó con la rubia Criquette y el otro con Ashley, una pelirroja incendiaria. O sea yo. O mi hermano. Quién lo sabía realmente. Nosotros seguro que no. De todos modos poco importaba.

En las actas de nacimiento yo soy Brad. Pero podría ser Brett; o los dos a la vez. Bratt o Bred. Y ni Crick ni Ash podrían haberlo sabido nunca. No teníamos ni un lunar para diferenciarnos. Ni un solo arreglo en una muela que haya sido distinto. Quizás nos podrían haber diferenciado por las huellas dactilares, pero nunca hemos pedido un pasaporte y nunca tuvimos que vérnosla con la policía. Fuimos desde siempre como dos gotas de agua en suspenso en el aire, idénticas y preparadas para formar un solo microcharco al momento de estrellarse en alguna parte.

Nuestras esposas nunca pudieron reconocernos. Y antes de ellas, nuestra madre tampoco, a partir del momento en el que fuimos lo suficientemente grandes como para intercambiar las cintitas de color que ataba a nuestras muñecas. *Poor mom*, era su truco para distinguirnos... Igualmente, siempre hemos considerado que si quería a uno, quería a los dos. Y nos quería de verdad, tanto como para no poder hacer diferencias, y eso nos afirmó desde niños en que formábamos realmente una sola entidad, mi hermano y yo.

Sin embargo, eso de saber quién era quién no le importaba a mamá y tampoco a nosotros. Pero sí a Crick y Ash, que no habían sido criadas de esta forma y estaban celosas de sus diferencias, de sus cosas y, por supuesto, de sus maridos.

Puedo decir sin equivocarme que Brett las quiso tanto como yo, a las dos. Aunque entre nosotros lamentábamos que ellas no hubieran logrado nunca —a pesar de sus diferencias físicas— alcanzar ese estado de fusión perfecta y armonía total que pudiera convertirlas en una especie de ser bicéfalo y bicorporal, como habíamos logrado nosotros dos.

Desde chicos fuimos conscientes de haber sido bendecidos con una especie de regalo extraordinario. La naturaleza nos había dado dos vidas dentro de una sola. Apenas fuimos lo suficientemente maduros como para tomar conciencia plena, lo valoramos como un privilegio maravilloso.

No tengo idea de cómo será perder una pierna o un brazo durante un combate en una guerra. Pero me imagino que un superviviente termina por sobreponerse a sus heridas, por más horribles que sean y por muchos daños psicológicos que provoquen. Lo único que sé, y sé muy bien, es que lo mío es imposible de curar. Son destrozos tan grandes que no hay cicatrización posible. Es como si ese avión se hubiera estrellado sobre mi flanco y me hubiera destrozado la mitad del cuerpo, pulverizando un hemisferio de mi cerebro, llevándose un brazo y una pierna, un pulmón, una masa de vísceras y parte del corazón.

Normalmente nadie sobrevive a tal carnicería, pero este regalo asombroso que nos había hecho la vida terminó transformándose en una crueldad imposible de soportar. Éramos dos dentro de uno. O uno dentro de dos cuerpos. Y al partirnos en dos, yo pude sobrevivir. A qué costo... ¿Sin Brett qué podía ser yo? No encontré otra forma que sentarme en algún rincón de su casa, con las persianas cerradas. Tuve que alejar a Ashley y a Criquette y esperar. Esperar que alguna vez el dolor tuviera la bondad de transformarse en un pájaro y me llevara lo más lejos posible. Hacia lugares donde estuviera mi hermano. Ese paraíso donde volveríamos a ser uno solo de nuevo.

Nuestra fuerza era que parecíamos inagotables en un mundo tan sencilla y aburridamente singular. No éramos dos, éramos dos al cuadrado. Uno dormía y el otro seguía con los planes de ambos. Cuando crecimos, cuando iniciamos nuestro propio negocio, uno iba a la oficina y el otro seguía con el armado de nuestra cartera de clientes. Éramos imparables y formábamos parte de la casta de los *Kings of the World*, aquella humanidad superior que mira a sus congéneres desde lo alto de las más altas torres y se divierte manipulando los invisibles hilos que mueven sus predecibles vidas... Los manipulábamos a fuerza de inversiones y corridas financieras. Éramos uno de esos que aplastaban el dinar una mañana y levantaban el yen al otro. Las economías, los países y los mortales eran como marionetas dóciles. Al tener dos días en lugar de uno, dos ideas en lugar de una, dos logros en lugar de uno, hicimos una carrera meteórica. Apenas terminamos la secundaria y nos casamos encontramos un puesto de *trader* en la Cantor-Fitzgerald. No hacían falta dos butacas ni dos computadoras. Solamente uno de nosotros pasaba cada día la tarjeta magnética por los pórticos de seguridad. El otro avanzaba con nuestro plan, la creación de nuestra propia firma de *trading*.

Soñábamos con ver nuestras iniciales sobre la nómina de las empresas de alguna de las dos torres. En lo más alto posible, en las partes que están cerca de ese cielo que nos sentíamos a punto de tocar. Ya no faltaba tanto para poder dar el salto y habíamos visita-

do una oficina que estaba a punto de liberarse en el piso 48. No era tan alto, pero nada mal para un principio. Con solo veintiocho años, teníamos toda una vida por delante para acercarnos al piso 110, donde las nubes chocaban contra las ventanas...

Si solo hubiesen sido nubes.

Aquel martes 11, fue Brett quien se puso una corbata y se llevó la tarjeta magnética para ir a la oficina. Yo lo acompañé y seguí camino hasta los parques de The Battery. Me compré un café y lo llevé hasta uno de los bancos frente al Hudson. No era uno más entre los miles de turistas que caminaban por allí aquella mañana. Tenía mi maleta sobre las rodillas, mi calculadora y un par de cuadros de costos. Iba a revisar las previsiones que habían terminado de definir el día anterior.

Fueron los gritos de la gente los que me alertaron. Estaba tan concentrado en lo mío que solo vi una de las torres en llamas y no entendía por qué todo el mundo repetía la misma palabra, como hipnotizados: "*Plane, plane, plane*" ... No se podía ver ningún avión. En ese momento.

A diferencia de muchos de los sobrevivientes y de los familiares de las víctimas, no pude nunca ver las filmaciones que circulan en la red. Y tampoco una sola foto. El shock fue suficiente allí abajo, al pie de las torres. Yo recibí los aviones en pleno pecho, no tengo ganas de ver cómo lo hicieron.

Por supuesto que durante los primeros días traté de disimular la tragedia ante mamá, Ash y Crick. Y las llamé para tranquilizarlas apenas pude alejarme de la punta de Manhattan y encontrar unas cabinas que todavía funcionaban. Durante unos días me hice pasar por ambos y el ritmo frenético me hizo olvidar un poco el dolor insoportable. Hasta que una mañana me derrumbé, me encerré en la casa de él, que tal vez era también la mía, y a las dos les pedí que se fueran. No volví a hablar con mamá, pero estoy seguro de que lo supo desde el momento mismo de mi llamada, aquella mañana del 11 de septiembre.

Coyunturas

Daniel López

(Argentina)

Habid nace prematuro, arañando los dos kilos, pero no lo pueden saber porque no hay una balanza en la casa. Sus dos tías, las hermanas de su madre, fueron las que ayudaron a la partera y ahora son las únicas que están con ellos en el cuarto. Habid duerme sobre el pecho de la madre. Lloró un rato, se prendió a la teta y después se quedó dormido. Su padre acaba de salir con la partera para acompañarla hasta la casa. Ella ya no puede caminar sola por la calle. No puede, siquiera, salir a la vereda y silbar. Aunque sea pastún de pura cepa, no puede, una mujer sola, estar fuera de su casa. No puede, siquiera, silbar o cantar en su cocina y darse el lujo de que algún hombre que pasa por la calle la escuche. Es el 3 de diciembre de 1996. Son las tres de la tarde y no hay una sola nube en el cielo, pero el viento sopla haciendo una polvareda y desde la casa de Habid, desde la ventana de esa habitación donde está con su mamá y sus tías, no llegan a verse las montañas, pero se oye el viento como si las montañas hablaran.

La casa es amplia y austera. Tiene tres cuartos con camas y un salón donde hay una televisión de tubo y un sillón con el tapizado viejo y varios almohadones. Ahora los perros están afuera con las

ovejas pero, de no ser por este acontecimiento, el nacimiento de Habid, seguramente estarían adentro cada uno medio desmayado sobre algún almohadón aguantando el calor. Hay cables a la vista atravesando los techos, y las paredes son todas blancas; parecen pintadas hace mucho. Desde las ventanas que dan al norte se ven el río Kholm y dos camellos que tiene un vecino atados a la verja, y desde las ventanas que dan al sur, cuando no hay esta polvareda, se ven el mercado y toda la ciudad que se desparrama en casitas bajas por el valle.

Están en lo que fue un punto estratégico de la Ruta de la Seda. Desde Kabul, son menos de cuatrocientos kilómetros, pero su padre tarda ocho horas en su camioneta cada vez que viaja a buscar mercadería. Son granjeros y comerciantes pastunes, así que celebran el orden establecido hace dos meses por el régimen talibán.

Habid tiene una infancia muy pegada a su madre y a sus tías, que salen de la casa, solo dentro de la finca y con la cara cubierta, a regar o buscar algo de la huerta. A veces acompaña a Khaled, que es el hijo del vecino de los camellos, a pasear con las ovejas hacia el río, hacia donde no pasan los *jeeps* con los hombres de los kalashnikovs, porque Khaled es hazara, habla muy bien el pastún, pero no lo suficiente. Si le hiciesen muchas preguntas y tuviese que ponerse a dar explicaciones, lo más probable sería que lo mataran en el momento. Que lo cosieran a balazos y que después lo patearan y se rieran.

Una tarde, en medio del mercado, el padre de Habid ve a la hermana de un amigo, con el que había ido a la escuela ahí mismo en Kohlm, que está siendo lapidada. Está arrodillada con las manos atadas en la espalda y un grupo de jóvenes, entre ellos varios con el kalashnikov encima, le tiran piedras. Él se queda mirando y, cuando vuelve a la casa, le cuenta a su mujer y a sus cuñadas, le cuenta quién es la chica que seguramente acaba de morir, pero ninguna sabe de quién habla, no se acuerdan de ese compañero de la escuela que él dice.

Unos meses después, cuando Habid está con su mamá en la huerta removiendo la tierra y sus tías están frente al televisor mirando una novela, un avión de American Airlines se estrella contra

una de las Torres Gemelas. Unos minutos más tarde, cuando todo el mundo, incluso Habid, su mamá y sus tías, miran por televisión el fuego y la gente saltando al vacío, impacta un segundo avión contra la otra torre.

Después van a venir los hombres de verde con chaleco y metralletas más gordas y van a pasar todos amuchados en camiones más grandes y más modernos que los *jeeps* de los hombres de los kalashnikovs. Habid va a pasear con Khaled para el lado del mercado, para donde no iban nunca, y va a terminar la escuela en Kholm, pero va a empezar la universidad en Kabul. Va a conocer a una chica de la que le contará por carta a Khaled. Será la primera mujer que vea desnuda y la única. Nunca se lo contará a sus padres; primero, porque ella, al igual que Khaled, es hazara y, segundo, porque no va a haber tiempo. Un día como hoy, mientras su padre habla con el vecino de los camellos con la verja de por medio, su madre cocina ausente y sus tías les dan de comer a los perros, Habid va a despedir a su novia al aeropuerto de Kabul. Lo ha hecho varias veces en las últimas semanas, esto de ir a despedirse, pero un 25 de agosto del 2021 será la última.

Ella viaja con su padre y uno de sus hermanos, porque el hermano menor y su madre ya lograron subirse a otro avión y están en Delhi. No puede besarla, hay hombres de kalashnikov por todos lados y sabe que no lo aceptarían, así que se despiden en medio de un montón de gente que corre toda para el mismo lado y el abrazo es mucho más corto de lo que a los dos les gustaría. El padre de ella dice que tienen que apurarse, que tienen que subirse a ese avión sí o sí y agarra a su hija de la mano.

Habid no corre detrás, pero es arrastrado un poco por la masa y también por el deseo de no perderla de vista. Al llegar a la zona de controles, cuando no se puede ir más allá si no se está dispuesto a pasar, Habid, apretado entre la gente, intentará volver, salir de la multitud sofocante y desesperada y, una milésima de segundo después de oír la explosión, una esquirla de metal ardiendo le dará en un brazo. Le va a hacer un corte de tres centímetros debajo del hombro. Nada muy grave. Nada en comparación al horror que le

tocará ver alrededor, pero la herida se le va a infectar. Cuando logre que alguien se la revise, le van a dar antibióticos, pero le van a explicar que la única solución para salvar el resto de su cuerpo, es la amputación del brazo. Él va a llorar y va a pensar mucho en sus padres y también en ella, pero no los va a llamar ni les va a escribir porque va a estar volando de fiebre y no va a tener energía para nada.

Va a morir de una septicemia general unos días después de la amputación, en una camilla que estará en un pasillo oscuro junto con otras camillas, algunas con vivos a punto de morir y, otras, con muertos. Su padre estará arriba de la camioneta camino a Kabul, Khaled estará con las ovejas paseando de nuevo para el lado del río, lejos de los hombres de los kalashnikovs, y su madre va a estar metida en la cama temblando. Sus hermanas, las tías de Habid, la van a cuidar y le van a llevar otro té de menta con una masa almibarada y, hasta que lleguen las noticias al día siguiente, no van a entender por qué es que ella siente tanto esa falta de aire, ese dolor en el pecho, solo le van a seguir la corriente y le van a dar todos los gustos.

El avión

Harol Gastelú Palomino

(Perú)

Parecen hormiguitas desde acá, unos puntitos negros dirigiéndose a sus agujeros, guaridas, subterráneos. A mí me verán como si fuese Spiderman o Batman, pero sin Hollywood.

Hay que dejar brillantes las ventanas sino el *boss* me pone de patitas en la calle y contrata a otro muerto de hambre. Abunda la *band* de obra barata. Los tiempos no están como para quedarse sin chamba. ¿Qué haría si regresara con el rabo entre las piernas a Perulandia? María se reiría de mí. Mínimo tengo que regresar y comprarme un *car* y una *house* con piscina. Y llevar a una *blonde* para lucirla en el barrio.

Bajo un piso más. Esta es la oficina de la secretaria *blonde* que está mil veces mejor que la Gisella Valcárcel y la Leslie Stewart juntas. Me sonrío la bandida mientras se acomoda en su asiento frente a su computadora. ¿Cómo se dirá en inglés hola, mamacita? *Little woman* es mujer pequeña. *Hello*, hola. *Hello little woman*. ¿Se utilizará la coma vocativa en inglés? ¿Tendrá novio? Seguro, por eso tiene ese trasero que está más bueno que el pan con mantequilla y mermelada de *strawberry*. Se lo llenaría de besos. *Black kiss*. Tengo que dejar las ventanas brillantes como un espejo para que la *blonde* vea

reflejada su belleza sin igual. *Pretty woman*. Paso el líquido y luego la escobilla y los vidrios quedan chillantitos como el cutis de esa mamacita. Se me ha puesto dura. ¿Qué haría si me la corriera?... Lluvia de semen sobre los transeúntes. Si fecundo a alguien, va a creer que es milagro... Deja de pensar huevadas, Anthony, o solito te joderás. *Sorry love*... Pero todas las gringas son promiscuas. Estoy que me acuerdo de *American Beauty* y de la Mena Suvari. ¿Ella fue quien se la quiso chupar al viejo de su amiga? No me gustaría tener una *daughter* pendeja. Abre la ventana, *baby*, déjame entrar y te dejaré *happy* como hacía con María la bandida.

Si hubiese sabido que iba a terminar con mis huesos en la tierra del Tío Sam, habría estado más atento a las clases de idioma extranjero de *miss* Carolina pero solo me dediqué a hacer chacota con el Chino Méndez, Pipio y Airas. Al menos este pata es ingeniero, aunque también está cagado porque los ingenieros no ganan como antes cuando las empresas eran del Estado y vivían como reyes hasta que Fujimori las vendió al mejor postor y se llenó los bolsillos con el producto de las ventas. Él y su yunta Montesinos.

¿Cuándo se compondrá la situación económica y política en el Perú? Toledo anda a tientos como un borracho. Alan nos cagó y Fujimori nos dio el tiro de gracia. Tuvimos que escapar para no morirnos de hambre. Largas colas para un mendrugo de *bread*, para una lata de *milk*, para medio kilo de *sugar*. Solo los ricos comían carne. Si no fuese por mis viejitos, nos habríamos muerto de hambre y andado calatos. Mi viejo chambeaba en una granja y se robaba las gallinas y mi viejita laburaba donde unos gringos que le regalaban las ropas que ya no se ponían y con eso nos vestíamos. Yo iba a recoger las gallinas muertas que mi viejito ocultaba cerca de la acequia. Menos mal que el camino era solitario. Iba y las recogía solapa y nos dábamos un banquete. Hasta que lo despidieron, no porque lo pescaron sino porque casi nadie compraba gallinas y no había con qué pagarles a los trabajadores. Ahora extraño un pollo a la brasa, unas papitas fritas con su mayonesa y su mostaza como comía cuando chambeé en el Centro Vacacional. Era ayudante de cocina. Aprendí a preparar pollo a la brasa y ceviche. ¿Dónde estará mi

maestro Ojeda? De allí me despidieron porque ya la gente no iba a pasear. Qué situación tan jodida. Al menos acá puedes chambear aunque sea limpiando ventanas aunque no hay nada para comer, aparte de respirar aire puro a cien metros de altura. Al principio me daba miedo, hasta soroche, pero por la necesidad uno se acostumbra a todo. Peor será recoger mierda de perro o cuidar a un viejo apestoso.

—¿Vamos a los Estados Unidos, Anthony? —me propuso Carlitos, ahora Charles, mi pata del alma.

—¿A los Estados Unidos?, ¿a la tierra de la Marilyn Monroe?

—No, a los estados jodidos, huevón.

Risas.

—¿O quieres ir al Japón?

—Al Japón ni cagando —siempre me acordaba de Chachi y la chamba que le dieron en la tierra de los antepasados del presidente Fujimori.

—Lo piensas y me avisas. Nomás no te demores mucho porque me voy aunque sea solo.

Irse a los Estados Unidos... ¿Y qué haré allá si apenas hablo el idioma? Hasta mi hermanita sabía más que yo. La Milagros era chanconcita. Sigue siendo chancona, este año termina la secundaria y me la traigo. A ella sí le va a ir bien porque la puse a estudiar inglés en el Instituto Peruano Norteamericano. No quiero que venga acá y termine de actriz porno o de modelo de *Playboy* para que los pajeros se la corran en su nombre. Mínimo tiene que ser secretaria como la *blonde* esta.

—Voy.

—Así se habla, hombre. Ya verás que nos irá súper paja.

Lo más doloroso fue despedirme de la *family*. ¿Cuándo volverás? Cuando junte lo suficiente para poner un negocio que nos permita vivir decentemente. Y acá estoy, sacándole lustre a estas ventanas de mierda en este edificio de mierda. El *American Dream* a veces tarda mucho en cumplirse. Para eso te tienes que sacar la mugre, privarte de muchas cosas, prescindir de las mujeres para no quedarte misio. El Tío Sam es duro con los migrantes, sobre todo

si no eres *white* y no hablas el idioma. *I do not speak English*. Ni digas eso, cojudo, me advirtió Carlitos. Anda siempre con las orejas paradas para que escuches y entiendas lo que hablan estos pelotudos. *Ears* paradas como una verga, repetir mil veces una palabra: *blonde, woman, window, money, clean up...*

La *blonde* se pone de pie, está mejor que la Britney Spears, me sonrío y se dirige al baño. Mueve el trasero con donosura. Rabo es *tail*. Si fuese Catwoman tendría *tail*. Antes de cerrar la puerta me vuelve a sonreír. ¿Sabrá hacer mamadas? Ya se habrá levantado la minifalda, bajado la *underwear* ¿color *black* o *white* como su piel?, y sentado en el inodoro. Inodoro, tesoro, incoloro. Su orina debe de ser ámbar, saldrá calentito de su coñito ¿peludo o pelado? Con gusto me lo tomaría. Será como una *beer* artesanal. En el desierto de Arizona hasta nuestros pichís tuvimos que tomar para no morir deshidratados.

Bye, amorcito. Bajo un piso más. Ahora las *ants* son más visibles.

Antes la altura me daba vértigo. Una vez trabajé instalando aire acondicionado en las torres de Camino Real. Pensaba que me iba a caer y sacar la mierda y terminar como una calabaza, y no precisamente de Halloween. Esas torres son unas cucarachitas comparadas con las torres del World Trade Center. Me admiro de lo que son capaces de hacer los gringos. Por ellos, construirían sus edificios hasta la Luna... Han llegado a la Luna, en cambio los peruchos todavía estamos en la edad de piedra, o en el incanato. ¿Cómo se le ocurre a Toledo jurar en Machu Picchu? Ya sé, ya sé, quizá Machu Picchu es mejor que las Torres Gemelas, pero de qué me sirve a mí si no me da un pan para sobrevivir, a menos que me ponga a limpiar las piedras incaicas.

Para venirme al corazón del Imperio tuve que vender hasta mi alma. Llegamos a México, el primer punto de nuestro recorrido. Quizá debí de quedarme allí con Jazmín, una chamaca de Toluca de Lerdo que conocí mientras paseaba por el Zócalo. Pero todavía estaba templado de María. La pasamos bien en la plaza Garibaldi cantando rancheras con el Mariachi Vargas de Tecalitlán. O con sus

herederos. Tomamos harto tequila como para el resto de nuestras vidas. Nada como las rancheras de José Alfredo Jiménez pa' pasarla bien en el mero México. Noches inolvidables. Cuando junte unos dólares volveré y me pasearé por Acapulco, Cancún, Veracruz. Ojalá que Jazmín todavía se acuerde de mí. Ahorita me echaría unos tacos con harto chile al buche. Si hubiera sabido tocar la guitarra le habría pedido chamba a algún mariachi, lástima que solo sé la batería. Yo me quedé en Los Prisioneros y Soda Stereo, lástima que nunca pude formar un grupo musical porque el único que tocaba algún instrumento entre mis patas era yo. Nadie vive de la música en Perulandia, aparte del pelao Gianmarco y un par de gatos más.

El gringo de este piso me mira con *face* de *dog*. Estará pensando pobre perucho de mierda, qué haces en nuestra amada tierra, seguro vienes a robarnos. Estoy haciendo la chamba que ustedes no quieren hacer, güey. Si ustedes no nos apretaran con su puta deuda externa no tendríamos que dejar nuestro terruño para venir a limpiarles las bolas ni los ortos peludos.

Cruzar el desierto fue casi la muerte. Calor infernal de día y de noche un frío de la san puta. Teníamos que andar con cuidado para no pisar los escorpiones o los cascabeles o esos cactus llenos de espinas que parecían minas.

— El que mete la pata, se queda — nos advirtieron los coyotes —. Así es la ley del desierto, mis cuates, le duela a quien le duela. Y adelante, que no tenemos toda la vida por delante.

Un bidón de agua para tres días, unos cuantos tacos y caramelos y los ojos bien abiertos para que los coyotes no nos dieran vuelta. Decían que a veces hasta te mataban si sospechaban que tenías la lana guardadita en algún pliegue del pellejo. Les daríamos pena por eso nos llevaron sin problemas hasta la frontera y de allí nos contactaron con los que nos llevaron a Texas y al fin estuvimos en la tierra de Toro Sentado y Estrella Solitaria... O Águila Solitaria más bien, como el protagonista de una revista que coleccionaba cuando era chibolo. Dónde estarán mis revistas, seguro ya se las comieron las polillas o las utilizaron como papel higiénico cuando no hubo plata para comprarlo. Regalé mis *Playboy* a mis patas pajeros en lugar de

quemarlas. Al menos así me recordarán hasta que nos volvamos a reencontrar.

No me mires así, *face* de *dog* porque te rompo la ventana... Ah, si pudiera decirle así en su cara pelada a este gringo de mierda. Sería para quedarme sin chamba, para que me enviaran de regreso a Perulandia, donde las cosas siguen jodidas a pesar de que ya no gobiernan Fujimori y su socio Montesinos.

Trabajar, chambear, laburar, *work*, explotación, qué mierda nos queda si somos tercermundistas. Si no fuera por la generosidad del Tío Sam, andaría en cueros como nuestro padre Adán... Estoy pensando tonterías, cuando llegue el *summer* me buscaré una blonde para disfrutar de los días de *sun*, *white sand*, *blue sea*, me tomaré muchas fotos y se las enviaré a mis patas para que vean que me va bien, que el *American Dream* se me hizo realidad. Alguien se la mostrará a María y se arrepentirá de haberme mandado al diablo porque me pedía plata y no se la enviaba. Ella quería darse la gran vida mientras yo no tenía ni dónde dormir.

Faltan doce días para que empiece la primavera en el Perú. Me acuerdo de esos paseos escolares a Chosica y Santa Eulalia. Las chicas se bañaban en la piscina y...

—Carajo, ¿de dónde salió ese avión? ¿Por qué mierda se viene hacia acá? ¡El piloto se ha vuelto loco! *Out you fucking plane.*

Desde el paisito
Ignacio Giménez Tournier
(Uruguay)

Recién es martes... Los martes suelen ser días cargados. Ni siquiera llegamos a la mitad de la semana, ya nos olvidamos del fin de semana que pasó y el próximo queda muy lejos. En esto pensaba cuando Laura entró trayendo el café para la reunión de gerentes. Con la elegancia y discreción de siempre, distribuyó el café entre los cinco asistentes.

El silencio reinaba en la sala: ella no debía escuchar los problemas que enfrentaba el banco, a pesar de haber manejado muchas veces temas muy confidenciales. Pero antes de salir se dio media vuelta y comentó: “Una avioneta se estrelló contra una de las Torres Gemelas en Nueva York”.

Nos quedamos helados. No entendíamos qué podría haber pasado. Asombrado, el presidente del banco comentó: “Un avión no le hace ni un rasguño a esas construcciones. Están preparadas para cosas peores”. Nuestros problemas se presentaban más difíciles de resolver que los vidrios rotos de un edificio.

La reunión continuó. La crisis financiera que enfrentaba el banco era descomunal. Los problemas económicos argentinos a fines del 2000 habían afectado con fuerza a los países de la región. Uruguay no estaba exento: tarde o temprano, la onda expansiva lo alcanzaría. En un fin de semana difícil, nuestros accionistas nos habían comunicado que debíamos arreglárnosla solos; nos habían soltado la mano.

Seguimos analizando informes, planillas, números y más números. Hasta que Laura volvió a ingresar en la sala, esta vez sin tanta discreción ni elegancia. Sin preguntar, tomó el control remoto y encendió el televisor: “No fue una avioneta”, dijo. “Fueron dos aviones de línea que se estrellaron contra ambas torres”. Luego supe que similar mensaje le habían transmitido a George W. Bush mientras contaba cuentos en un jardín de infantes.

Así se acabaron las discusiones sobre la crisis financiera que estábamos viviendo. Las imágenes de la pantalla eran elocuentes. No pudimos despegarnos del televisor durante el resto del día. El muchacho del delivery debió subir hasta el último piso varias veces para traernos las tres comidas que restaban en el día.

Días antes, el 31 de agosto de 2001, habíamos tenido que ejecutar una decisión inédita para el sistema bancario uruguayo: un despido masivo en un banco privado. El poderoso gremio bancario tenía una oportunidad única de mostrar toda su fuerza y sin duda respondería el desafío de un pequeño banco. Ese día, cerrada la jornada, se comunicó la decisión al personal. La estrategia fue desconectar todos los sistemas informáticos, anular las líneas telefónicas y cerrar espacios críticos. Se sabía que la orden del sindicato sería tomar el edificio corporativo de inmediato para lograr la reincorporación de los empleados despedidos.

Como en una película de suspenso, toda la información contable, claves de cuentas del exterior y sistemas de transferencias estaban guardados en computadoras portátiles.

El siguiente día hábil los empleados trabajarían desde un hotel. Los gerentes desde una casa particular. Varios días trabajamos de esa forma, casi normalmente. La preocupación de nuestros clientes era altísima, sobre todo entre los inversores con sus ahorros depositados. Hicimos todo tipo de malabares para seguir adelante. Por primera vez el banco estaba en tapa de todos los diarios y era la novedad en todos los noticieros radiales y televisivos. Un pequeño banco enfrentado en su guerra particular contra un poderoso sindicato.

Cuando el lunes 10 de septiembre de 2001 recuperamos el edificio corporativo y pudimos volver a trabajar en nuestras oficinas, lo hicimos bajo el constante sonido de los tambores que hacían oír la queja de los empleados despedidos. Los clientes no se animaban a acercarse por miedo a los manifestantes y a las noticias que podían recibir de sus inversiones. Qué día raro, pensaba, volvemos a trabajar, pero de qué forma tan extraña. Cuánta inseguridad, cuánta incertidumbre. Con cientos de escritorios vacíos, el duelo por el compañero ausente se hacía sentir. Pasamos el primer día de la semana y el primero del retorno al edificio hasta hacía poco tomado. No era poco. Debíamos vivir día a día.

Hasta el martes 11 de septiembre, cuando la reunión de gerentes fue interrumpida por un televisor encendido sin permiso, clavado en una noticia que dejaba al mundo sin palabras. Imágenes desgarradoras, inolvidables. Imágenes que se superpusieron a la crisis que hundía al banco y al mismo tiempo lo salvaron. ¿Quién se iba a fijar en un pequeño banco en crisis enfrentando a un poderoso sindicato? ¿Acaso un puñado de terroristas no estaba enfrentando a una potencia mundial? El problema macro que enfrentaba al mundo –se decía que una tercera guerra mundial– estaba tapando el problema micro de un pequeño banco en un pequeñísimo país. El paisito, decimos los uruguayos.

En una paradoja del horror, el 11 de septiembre de 2001 destruyó a unos y salvó a otros, como aquel banco de un paisito del fin del

mundo. ¿Cuántas historias como esta? ¿Cuántos en los confines del mundo pudieron revertir situaciones complejas gracias a las imágenes de una Nueva York de rodillas que sin cansancio transmitían los canales de televisión? No sabemos y tal vez no importa; esas pequeñas situaciones solo las recordaremos sus protagonistas. Lo cierto es que nunca se olvidará la capacidad del hombre de ser el lobo del hombre, y ese es el testimonio que proyecta la ya invisible sombra de las Torres Gemelas.



HOJA POR HOJA
l i b r o s

